

(2)

CÉSAR CASCABEL

CÉSAR CASABEL

POR

JULIO VERNE

VERSIÓN ESPAÑOLA

EDICIÓN ILUSTRADA CON GRABADOS



CUADERNO SEGUNDO

MADRID

SAENZ DE JUBERA, HERMANOS

EDITORES

10, CALLE DE CAMPOMANES, 10

CÉSAR CASOY

Es propiedad de los Editores.

CÉSAR CASCABEL



Kayette avanzaba hacia el Sur.

I

KAYETTE

Al oír aquellos gritos, M. Cascabel, Juan, Sandre y Clou se lanzaron del carruaje.

—¡Por allí! dijo Juan señalando la orilla del bosque, que se extendía á lo largo de la frontera.

—Oigamos todavía, respondió M. Cascabel.

Fué inútil; ningún otro grito atravesó el espacio, ninguna otra detonación sucedió á las que acababan de oírse.

—De todos modos, dijo Juan, lo cierto

es que eran gritos de agonía, y que por aquel lado hay alguien en peligro...

—Es preciso volar en su socorro, añadió Cornelia.

—Si, hijos míos, vamos, respondió M. Cascabel; y vamos bien armados.

En efecto; era posible que no fuese un accidente. Tal vez algún viajero había sido víctima de un atentado en la frontera de Alaska. Era, pues, prudente hallarse dispuestos á defenderse á si mismos, tanto como á defender á los demás.

Un momento después, M. Cascabel y Juan, armados cada uno de un fusil, Sandre y Clou, provistos de revólvers, abandonaban la *Belle-Roulotte*, que Cornelia

y los dos perros debían custodiar hasta su regreso.

Marcharon algunos minutos, siguiendo la orilla del bosque.

De cuando en cuando se detenían para prestar atención.

Ningún ruido turbaba la tranquilidad de la selva. Sin embargo, estaban seguros de que los gritos venían de aquella dirección y de muy próxima distancia.

—¡A menos que hayamos sido juguete de alguna ilusión! dijo M. Cascabel.

—No, padre, respondió Juan; eso no es posible. ¡Ahl! ¿Oyes?

Aquella vez era realmente un llamamiento, no hecho por un hombre, como lo había sido la primera, sino por una voz de mujer ó de niño.

La noche era muy oscura, y bajo la sombra de los árboles no se veía á algunos metros de distancia.

Clou había propuesto tomar uno de los faroles del carruaje; pero M. Cascabel se opuso por prudencia, y porque, en resumen, valía más no ser vistos durante el trayecto.

Los gritos se redoblaban; eran bastante distintos para que fuera fácil guiarse siguiendo su dirección.

Hasta parecía que no habría necesidad de internarse en las profundidades del bosque.

En efecto: cinco minutos después, monsieur Cascabel, Juan, Sandre y Clou habían llegado á una pequeña llanura.

Allí dos hombres yacían en el suelo.

Una mujer, arrodillada junto á uno de ellos, sostenía su cabeza entre sus brazos.

Aquella mujer era, sin duda, la que había lanzado los gritos últimamente oídos, y en el lenguaje *chinouk*, que comprendía algo M. Cascabel.

La afligida mujer gritó:

—¡Venid, venid! ¡Los han asesinado!

Juan se acercó á aquella mujer espantada, cubierta de la sangre que se escapaba del pecho de aquel hombre, á quien procuraba volver á la vida.

—¡Este respira aún! dijo Juan.

—¿Y el otro? preguntó M. Cascabel.

—El otro... yo no sé, respondió Sandre.

M. Cascabel se puso á escuchar si algunos latidos del corazón, ó algún soplo de los labios, denunciaban un resto de vida en aquel hombre.

—¡Está bien muerto! dijo.

Lo estaba, en efecto. Una bala le había atravesado las sienes, dejándole muerto instantáneamente.

¿Quién era aquella mujer, cuyo lenguaje indicaba su origen indio?

¿Era joven ó vieja? No podían verlo en la oscuridad, bajo el capuchón que cubría su cabeza.

Pero esto lo sabrían más tarde; ella diría de dónde venía, y también en qué condiciones se había cometido aquel doble asesinato.

Lo más urgente era transportar al campamento al hombre que respiraba todavía, y prestarle los auxilios necesarios, con lo cual tal vez conseguirían salvarle.

En cuanto al cadáver de su compañero, volverían á la mañana siguiente para rendirle los últimos deberes.

En su consecuencia, M. Cascabel, ayudado de Juan, levantó al herido por los hombros, mientras que Sandre y Clou le cogieron por los pies.

Después, volviéndose hacia la mujer:

—Seguidnos, la dijo.

Esta, sin vacilar, se puso en marcha, enjugando con un pedazo de tela la sangre que manaba del pecho del herido.

No se podía marchar rápidamente. El hombre era pesado, y debían, sobre todo, evitarle los movimientos bruscos y las sacudidas, que hubieran podido empeorar su estado.

M. Cascabel quería llevar al campamento de la *Belle-Roulotte* un vivo, no un muerto.

Veinte minutos después, llegaron todos sin haber tenido ningún mal encuentro.

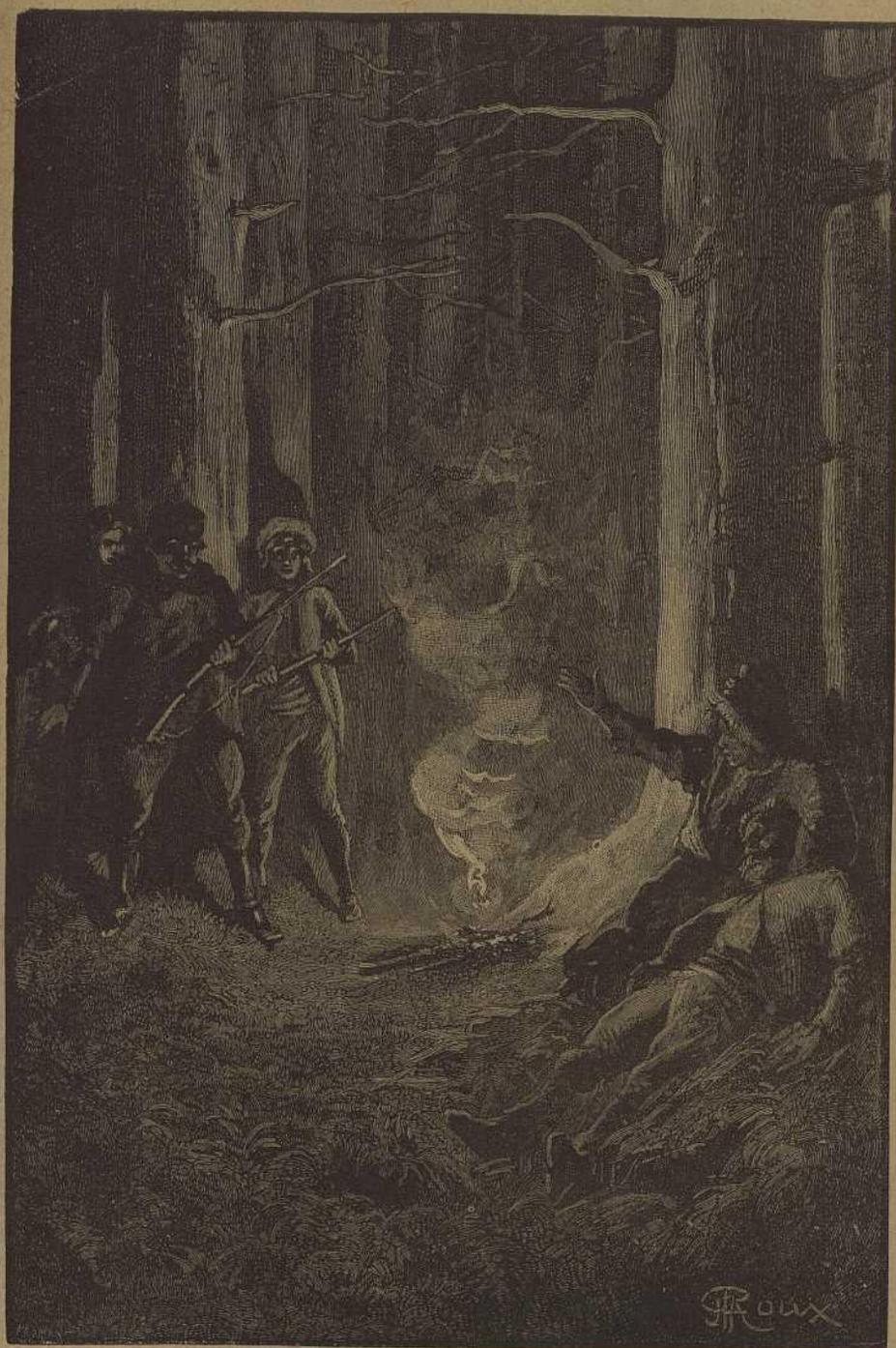
Cornelia y Napoleona, temiendo que hubieran sido víctimas de alguna agresión, les esperaban con mortal inquietud.

—¡Pronto, Cornelia! gritó M. Cascabel. Agua, trapos y todo lo necesario para contener una hemorragia, ó este desgraciado va á quedarse en un síncope.

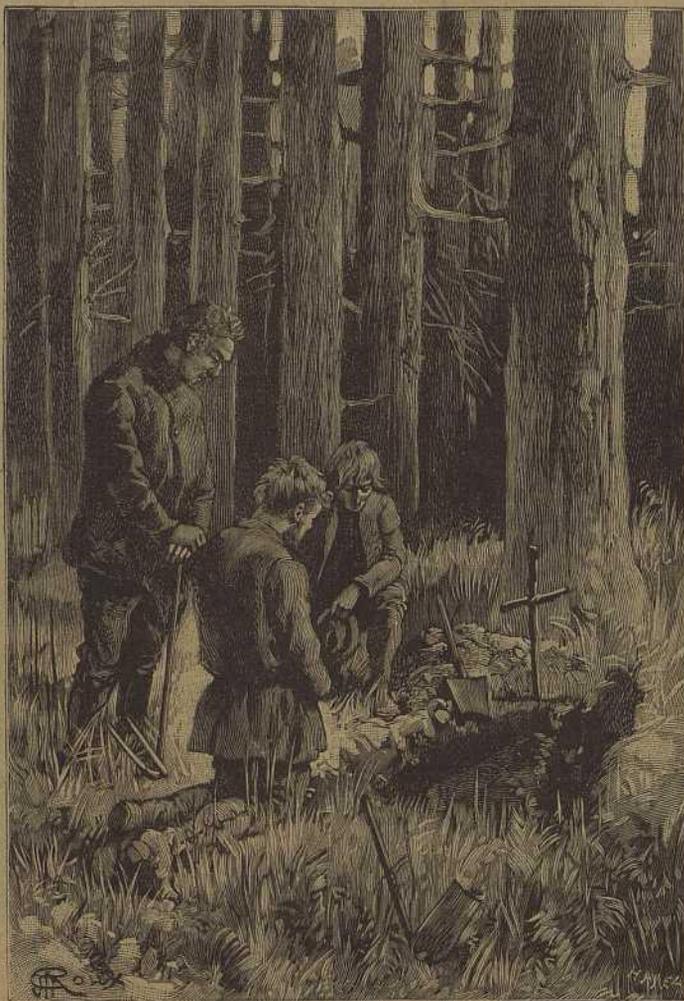
—¡Bueno, bueno! respondió Cornelia. Ya sabes que entiendo estos negocios, César; con que menos palabras, y déjame hacer.

En efecto, lo entendía á las mil maravillas, por haber tenido que curar más de una herida durante el ejercicio de su profesión.

El cuerpo fué colocado sobre una col-



UNA MUJER SOSTENÍA LA CABEZA DEL HERIDO



...Después que la tierra hubo recubierto aquella tumba.

choneta, que Clou extendió en el primer departamento, y la cabeza, ligeramente levantada, sobre un almohadón.

A la claridad de la lámpara del techo se pudo ver entonces su rostro, ya descolorido por la palidez de una muerte próxima, y al mismo tiempo el de la india, que estaba arrodillada junto a él.

Era una joven; parecía no tener más de quince ó dieciséis años.

—¿Quién es esta niña? preguntó Cornelia.

—La que ha lanzado los gritos que hemos oído, respondió Juan, y que hemos encontrado junto al herido.

Éste era un hombre de unos cuarenta y cinco años, de barba y cabellos grises, de cuerpo vigorosamente constituido, de talla

más que mediana, de fisonomía simpática, y cuyo enérgico carácter se revelaba á pesar de la palidez de su rostro y de no poderse ver la mirada, por tener los párpados cerrados.

De cuando en cuando se escapaba un suspiro de sus labios; pero no pronunciaba una palabra que permitiese conocer la nación á que pertenecía.

Cuando se descubrió su pecho, Cornelia pudo ver que estaba agujereado por una puñalada entre la tercera y cuarta costilla.

¿Era mortal aquella herida? Sólo un médico hubiera podido decirlo; pero no cabía duda de que debía ser muy grave.

Sin embargo, puesto que la intervención de un médico era imposible en las

condiciones en que se encontraban, no había más remedio que atenerse á los cuidados que pudiera prestar Cornelia, y á los medicamentos contenidos en el botiquín de viaje.

Esto es lo que se hizo para detener una hemorragia que hubiera podido producir la muerte.

Más tarde se vería si en el estado de postración absoluta en que el herido se encontraba, sería ó no posible transportarle á la aldea más próxima, sin que M. Cascabel se inquietase por aquella vez de que fuese ó no anglo-columbiana.

Después de haber lavado cuidadosamente la herida con agua fresca, Cornelia aplicó compresas empapadas de árnica. Esto bastó para contener la sangre, ya que tanta había perdido desde el momento de caer herido hasta su llegada al campamento.

—Y ahora, Cornelia, preguntó M. Cascabel, ¿qué podemos hacer?...

—Vamos á colocar al herido en nuestro lecho, respondió Cornelia, y yo velaré para renovar las compresas cuando sea necesario.

—Le velaremos todos, replicó Juan. ¿Acaso podríamos dormir? Además, hay que estar alerta y prevenidos... ¡Hay asesinos en los alrededores!

M. Cascabel, Juan y Clou levantaron con cuidado al herido y le colocaron sobre un lecho en el primer departamento. Y entonces, mientras Cornelia se quedaba á su cabecera, espionando una palabra que no se dejó oír, la joven india, cuyo dialecto era algo inteligible para M. Cascabel, empezó á contar su historia.

Era realmente de raza indígena, de una de las razas autóctonas de Alaska.

En esta provincia, al Norte y al Sur del gran río Youkon, que la riega de Este á Oeste, se encuentran tribus numerosas, nómadas ó sedentarias, entre otras los Co-Youkons, que forman la principal y tal vez la más salvaje; los Newicargots, los Tananas, los Kotcho-a-Koutchens, y también, más particularmente á la embocadura del río, los Pastoliks, los Haveacks, los Primskes, los Memolutes y los Indgeletes.

A esta última tribu pertenecía la joven india, que se llamaba Kayette.

Kayette no tenía ni padre, ni madre, ni

pariente alguno; y no solamente las familias desaparecen así, sino tribus enteras, de las que no se encuentra ya ninguna señal en el territorio alaskiano.

Tal es la de las *Gentes del Centro*, que residía en otro tiempo al Norte del Youkon.

Kayette, sola en el mundo, se había dirigido hacia el Sur, hacia el interior de aquellas comarcas, que tanto conocía por haberlas recorrido muchas veces con los indios nómadas.

Su proyecto era dirigirse á Sitka, la capital, donde contaba entrar al servicio de algún funcionario ruso. Y seguramente la hubieran aceptado, aunque sólo fuera por su rostro dulce y simpático. Era muy bonita; tenía la piel morena, ojos negros con largas pestañas, abundante cabellera negra también, entonces oculta bajo un capuchón de pieles que cubría su cabeza.

De mediana estatura, flexible y graciosa á pesar de la hopalanda que la envolvía, cuyos tirantes subían de la cintura á los hombros.

Se sabe que en las razas indias del Norte de América, muchachos y muchachas, de carácter vivo y alegre, se forman con rapidez. A los diez años los niños se sirven diestramente del fusil y del hacha. Las muchachas se casan á los quince, y á pesar de su juventud hacen excelentes madres de familia.

Kayette era, pues, más seria, más resuelta de lo que su edad permitía, y el largo viaje que acababa de emprender demostraba la energía de su carácter.

Hacia ya un mes que se había puesto en camino bajando hacia el Sudoeste de Alaska, y había llegado á la estrecha banda limitrofe de las islas donde está situada la capital, cuando al rodear el límite del bosque, había oído dos detonaciones, luego gritos desesperados á algunos pasos de distancia.

Eran los mismos gritos que habían llegado hasta el campamento de la *Belle-Roulotte*.

Inmediatamente Kayette se había lanzado hacia la orilla del bosque.

Y sin duda su aproximación debió dar la voz de alarma, porque apenas si había podido entrever á dos hombres que huían á través de los matorrales. Pero evidente-

mente los miserables no tardaron en conocer que habían tenido miedo de una niña, y en efecto, volvían ya para despojar á sus víctimas, cuando la llegada de M. Cascabel y los suyos les volvió á espantar, seriamente aquella vez.

En presencia de aquellos hombres tendidos en el suelo, uno de ellos ya cadáver, y el otro cuyo corazón aún latía, Kayette se puso á gritar pidiendo socorro, y ya sabemos lo que después había ocurrido.

Los primeros gritos oídos por M. Cascabel, eran los de los sorprendidos viajeros; los segundos eran los de la joven india.

Transcurrió la noche. La *Belle-Roulotte* no tuvo que rechazar la agresión de los asesinos, que sin duda se habían apresurado á huir del lugar del crimen.

A la mañana siguiente, Cornelia no observó nada nuevo en la situación del herido, que parecía continuar en la misma gravedad.

Kayette demostró entonces cuán útiles podían ser sus servicios, yendo á recoger ciertas plantas cuyas cualidades antisépticas conocía. Las puso en infusión, y después de haber empapado bien en el líquido nuevas compresas, las colocó sobre la herida, que no dejaba ya escapar una gota de sangre.

Durante la mañana se pudo observar que el herido respiraba con más facilidad; algunos débiles suspiros, y hasta varias palabras entrecortadas, se escapaban de sus labios.

Era, pues, imposible saber quién era, de dónde venía, adónde iba, lo que hacía sobre la frontera alaskiana, en qué condiciones habían sido atacados él y su compañero, y quiénes eran sus agresores.

De todos modos, si el atentado había tenido por objeto el robo, aquellos miserables, obligados á huir por la llegada de la joven india, habían errado el golpe, siendo muy difícil que encontrasen otra ocasión equivalente en aquellos países tan poco frecuentados. En efecto: cuando M. Cascabel registró los vestidos del herido, se encontró en un cinturón de cuero una gran cantidad de monedas de oro, de origen ruso y americano. El total ascendía á unos quince mil francos.

Aquel dinero se colocó en sitio seguro, para restituirle cuando llegase la ocasión.

En cuanto á papeles, no había ninguno, á no ser una cartera de viaje, con algunas notas tomadas en ruso y en francés. No había, pues, nada para conocer la procedencia é identidad del herido.

A cosa de las nueve, Juan dijo:

—Padre, tenemos un deber sagrado que cumplir con el cuerpo del desgraciado que ha quedado en el bosque sin sepultura.

—Tienes razón, Juan, partamos. Tal vez encontremos sobre él algún escrito que nos proporcione antecedentes. Tú nos acompañarás, añadió M. Cascabel dirigiéndose á Clou. Lleva un pico y una pala.

Provistos de aquellos útiles, los tres abandonaron la *Belle-Roulotte*, no sin haberse armado, y se dirigieron á lo largo del límite del bosque por el mismo camino que habían seguido el día anterior.

En algunos minutos llegaron al punto en que se había cometido el asesinato.

Adquirieron el convencimiento de que los dos viajeros se habían instalado en aquel sitio para pasar la noche.

Había allí las huellas de un alto, los restos de un fuego cuyas cenizas humeaban todavía.

Al pie de un robusto pino había amontonada gran cantidad de hierba, sin duda para recibir los cuerpos de los viajeros, y tal vez dormían éstos cuando fueron atacados.

En cuanto al muerto, presentaba ya la rigidez cadavérica.

En su traje, en su fisonomía, en sus manos rudas, fué fácil reconocer que aquel hombre, de treinta años á lo sumo, debía ser el criado del otro.

Juan registró sus bolsillos. No encontró ningún papel. Dinero tampoco. En el cinturón, un revólver de fabricación americana, cargado con seis balas, y del que el desgraciado no había tenido tiempo de servirse.

Luego el ataque había sido rápido, imprevisto, y las dos víctimas habían caído á un tiempo.

En aquel momento, en los alrededores de la plazoleta, el bosque estaba silencioso.

Después de una corta exploración, Juan volvió sin haber visto á nadie. Era evidente que los asesinos no habían reaparecido, porque hubiesen despojado el cuer-



Nunca Hermanas de la Caridad se mostraron más solícitas...

po, ó por lo menos habrían cogido el revólver, que estaba aún colgado del cinturón.

Durante este tiempo, Clou había cavado una fosa bastante profunda para que un cadáver pudiera quedar enterrado al abrigo de las garras de las fieras.

El muerto quedó depositado en ella, y Juan recitó una oración después que la tierra hubo recubierto aquella tumba.

En seguida M. Cascabel, Juan y Clou volvieron al campamento.

Allí, mientras que Kayette permanecía á la cabecera del herido, Juan y sus padres se pusieron á conferenciar.

—Es seguro, dijo M. Cascabel, que si volvemos á tomar el camino de California, nuestro hombre no llegará vivo. Hay que

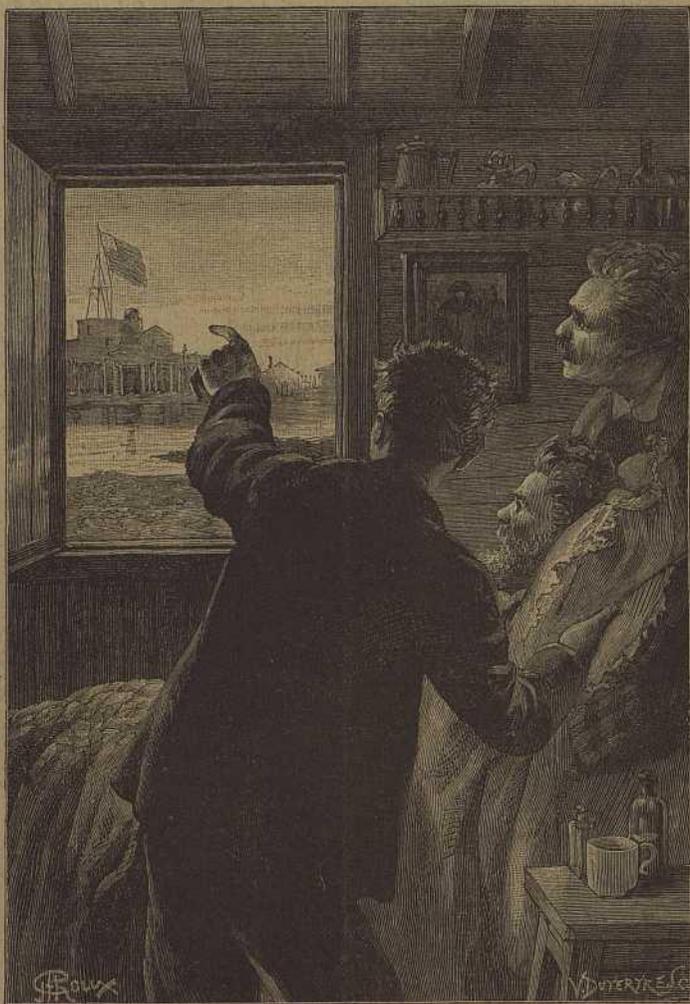
recorrer cientos y cientos de leguas. Luego lo mejor sería dirigirnos á Sitka, adonde podríamos llegar en tres ó cuatro días, si esos malditos polizontes no nos prohibiesen poner los pies en su territorio.

—No hay más remedio que ir á Sitka, respondió resueltamente Corneia, y á Sitka iremos.

—¿Y cómo? No habremos andado siquiera una legua, y ya nos habrán detenido.

—No importa, César. Hay que partir, y de prisa. Si encontramos á los agentes, les contaremos lo que ha pasado, y tal vez no rehusarán á este desgraciado lo que nos han rehusado á nosotros.

M. Cascabel meneó la cabeza en señal de duda.



Juan mostraba el pabellón americano.

—Mi madre tiene razón, dijo Juan. Intentemos llegar á Sitka, aun sin procurar obtener de los agentes una autorización que no habían de darnos. Esto sería perder tiempo. Por otra parte, es posible que nos crean en camino de Sacramento, y se habrán alejado.

—Desde hace veinticuatro horas no hemos vuelto á ver ninguno. Ni siquiera han sido atraídos por las detonaciones de ayer noche.

—En efecto, dijo M. Cascabel; no sería extraño que se hubiesen retirado.

—A menos que... hizo observar Clou que había venido á tomar parte en la conversación.

—Si... á menos que... ¡Está entendido! replicó M. Cascabel.

La observación de Juan era justa, y tal vez lo mejor era tomar el camino de Sitka.

Una hora después, Vermout y Gladiador estaban enganchados.

Perfectamente repuestos durante la larga parada en la frontera, podían hacer una buena jornada en aquel primer día de marcha.

La *Belle-Roulotte* partió, pues, abandonando el territorio columbiano con una satisfacción evidente por parte de M. Cascabel.

—Niños, dijo éste, ¡mucho ojo! En cuanto á ti, Juan, impón silencio á tu escopeta. Es completamente inútil llamar la atención sobre nosotros.

—Además que la cocina no se resentirá por eso, añadió Mad. Cascabel.

El país, al Norte de la Columbia, aunque bastante escabroso, era de camino fácil, aun á lo largo de los numerosos canales que separan los archipiélagos en el límite del Continente.

No se descubría ninguna montaña hasta los últimos planos del horizonte. A veces, á largas distancias, una granja aislada, que la familia Cascabel se guardaba muy bien de visitar.

Después de haber estudiado el mapa del país, Juan se orientaba con gran facilidad y esperaba llegar á Sitka sin tener que recurrir á los servicios de un guía.

Pero lo que importaba, ante todo, era no encontrar ningún agente, ni los de la frontera, ni los del interior. Aquel día parecía que se había dado á la *Belle-Roulotte* completa libertad para marchar como y por donde tuviera por conveniente. Así es que M. Cascabel estaba no menos sorprendido que satisfecho.

Cornelia atribuía esto á la Providencia, y su marido no estaba lejos de pensar como ella. Juan se inclinaba á creer que alguna circunstancia había debido modificar los procedimientos de la administración moscovita.

Las cosas siguieron de esta suerte durante los días 6 y 7 de Junio. Se acercaban á Sitka.

La *Belle-Roulotte* hubiera podido, sin duda, marchar más de prisa, si Cornelia no hubiese temido las sacudidas para el herido, que Kayette y ella cuidaban sin cesar, la una como una madre, la otra como una hija. Continuaban temiendo que no llegase vivo al término del viaje.

Si su estado no había empeorado, tampoco podían decir que había mejorado.

¿Cómo habían de bastar los pobres recursos que ofrecía su farmacia, lo poco que aquellas dos mujeres se encontraban en disposición de hacer para una herida tan grave, y que necesitaba imperiosamente de la asistencia de un médico?

La abnegación no podía reemplazar á la ciencia, por desgracia; pues nunca Hermanas de la Caridad se mostraron más solícitas ni cuidadosas.

Todos habían podido apreciar el celo y la inteligencia de la joven india. Parecía que formaba ya parte de la familia.

Era como una segunda hija que el cielo había dado á Mad. Cascabel.

En la tarde del día 7, la *Belle-Roulotte* vadeó el Stekin-river, pequeña corriente que se arroja en uno de los estrechos pasos abiertos entre la tierra firme y la isla Baranow, á algunas leguas solamente de Sitka.

Aquel día, por la noche, el herido pudo pronunciar algunas palabras.

—¡Mi padre... allí abajo... volverle á ver!... murmuraba.

Como estas palabras fueron pronunciadas en ruso, M. Cascabel las había comprendido perfectamente.

El nombre de «Iván... Iván...» fué repetido varias veces.

No cabía duda de que era el nombre del pobre criado asesinado cerca de su amo.

Era muy probable que los dos fuesen de origen moscovita.

Sea como quiera, puesto que el herido comenzaba á recuperar la palabra con el recuerdo, la familia Cascabel no tardaría en conocer su historia.

La *Belle-Roulotte* llegó aquel día á las orillas del estrecho canal que hay que franquear para llegar á la isla Baranow.

Había, pues, que recurrir á los bateleros que hacen el servicio de aquellos numerosos estrechos.

M. Cascabel no podía esperar entrar en relación con las gentes del país ocultándoles su nacionalidad; era, pues, de temer que volviese á presentarse la enojosa cuestión de los pasaportes.

—Pues bien, á pesar de todo, no habrá dejado nuestro ruso de llegar á Sitka.

Si los policías nos obligan á volver á la frontera, al menos se harán cargo de él, puesto que es uno de sus compatriotas; y ya que nosotros hemos comenzado por salvarle, malo será que ellos no concluyan por curarle.

Razonamiento honrado, sin duda, pero que no dejaba de inquietar á la familia respecto á la acogida que pudieran hacerla. ¡Hubiese sido tan cruel, una vez en Sitka, tener que emprender de nuevo el viaje á Nueva York!

Mientras que el carruaje aguardaba á la orilla del canal, Juan había ido en busca de la barca y de los bateleros que habían de transportarles á la otra orilla.

En aquel momento Kayette vino á prevenir á M. Cascabel que su esposa deseaba verle.

Este se apresuró á reunirse á ella.

—Nuestro herido ha recobrado todo su conocimiento, dijo Cornelia. ¡Habla, César, y es preciso que procures comprender lo que dice!

En efecto, el ruso había abierto los ojos, miraba en torno suyo y parecía interrogar con la vista á aquellas personas á quienes no conocía. Algunas palabras incoherentes se escapaban de su boca.

Y entonces, con una voz tan débil que apenas se le oía, llamó á su criado Iván.

—Señor, dijo M. Cascabel, vuestro criado no está aquí...; pero nosotros estamos.

A estas palabras, pronunciadas en francés, el herido respondió en el mismo idioma:

¿—En dónde estoy?

—Al lado de gentes que se cuidan de vos, caballero.

—¿Pero este país?...

—Es un país en que nada tenéis que temer, si sois ruso...

—¿Ruso... sí... ruso!

—Pues bien, estáis en la provincia de Alaska, á algunas leguas de la capital.

—¿Alaskal... murmuró el herido.

Pareció que un sentimiento de terror acababa de revelarse en su mirada.

—¡Las posesiones rusas! exclamó.

—¡Nol... ¡las posesiones americanas!

Juan acababa de entrar; él era el que hablaba así.

Y al mismo tiempo, por una de las ventanillas entreabiertas de la *Belle-Roulotte*, mostraba el pabellón americano flotando sobre uno de los puestos del litoral.

En efecto: la provincia de Alaska no era rusa hacía ya tres días. En aquel período se había firmado el tratado de anexión, que la cedía por completo á los Estados Unidos.

La familia Cascabel no tenía ya nada que temer de los agentes de Rusia.

¡Estaba sobre una tierra americana!

II

SITKA

Sitka, la Nueva Arcángel, situada sobre la isla de Baranow, en medio de los archipiélagos de la costa occidental, es, no solamente la capital de esta isla, sino de

toda la provincia que acababa de ser cedida al Gobierno federal. No hay otra ciudad más importante en esta región, en la que sólo se encuentran escasos pueblos, ó más bien reducidas aldeas, situadas á grandes distancias unas de otras.

Sería más justo llamar á estos pueblos puestos ó factorías. La mayor parte de ellas pertenecen á las Compañías americanas, y algunas á la Compañía inglesa de la bahía de Hudson. Se comprende, pues, que las comunicaciones sean muy difíciles entre estos puestos, sobre todo durante la mala estación, cuando se desencadenan las tormentas del invierno alaskiano.

Hace algunos años, Sitka no era más que un centro comercial poco frecuentado, en que la Compañía ruso-americana conservaba sus depósitos de pieles y peleterías. Pero, gracias á los descubrimientos que se hicieron en esta provincia, cuyo litoral confina con los territorios polares, Sitka no tardó en tomar considerable desarrollo, y bajo la nueva administración llegaría á ser una ciudad rica, digna de este nuevo Estado de la Confederación.

Ya en aquella época Sitka poseía todos los edificios que constituyen lo que se llama una «ciudad»; un templo luterano, muy sencillo, cuya disposición arquitectónica no carece de majestad; una iglesia griega, con una de esas cúpulas características que no convienen á este celaje nebuloso, tan diferente de los cielos del Oriente; un club, el «Club-Gardens» especie de Tivoli, en que el habitante y el viajero encuentran restaurants, cafés, tabernas y juegos de todas clases; un Club-house, cuyas puertas no se abren más que para los célibes; una escuela, un hospital; por último, casas, villas, *cottages* (1) pintorescamente agrupadas sobre las colinas de los alrededores. Este conjunto tiene por horizonte un extenso bosque de árboles resinosos, que forman un marco de eterno verdor, y más allá una línea de altas montañas, con sus cimas perdidas en la bruma, dominando, sobre la isla de Crouze, al Norte de la isla Baranow, el monte Edgcumbe, cuyo vértice se eleva á una altura de ocho mil pies sobre el nivel del mar.

En suma: si el clima de Sitka no es muy

(1) Nombre dado en Inglaterra á las granjas.

riguroso, si el termómetro no descende apenas á siete ú ocho grados centígrados bajo cero—aunque esta villa está atravesada por el paralelo cincuenta y seis—merecería llamarse la «villa del agua» por excelencia. En efecto; sobre la isla Baranow llueve, cuando no nieva, por decirlo así. No se extrañe, pues, si después de haber atravesado el canal en una barca, la *Belle-Roulotte* hizo su entrada en Sitka bajo las duchas de una lluvia torrencial. M. Cascabel, sin embargo, no pensaba en quejarse, puesto que había llegado precisamente en una fecha que le daba el derecho de penetrar sin pasaporte.

—He tenido momentos felices en mi existencia, pero jamás tan extraordinarios, repetía. ¡Estábamos á la puerta, sin poder entrar, y de pronto esta puerta se abre de par en par ante nosotros!...

La verdad es que el tratado de cesión de Alaska había sido firmado á tiempo para permitir á la *Belle-Roulotte* franquear la frontera. Y sobre esta tierra recién americana, nada de intratables funcionarios, ni formalidades para las que la administración moscovita se muestra tan exigente.

Ahora hubiera sido muy sencillo conducir al ruso, bien al hospital de Sitka, en el que los cuidados no le faltarían, bien á un hotel, donde el médico vendría á visitarle. Sin embargo, cuando M. Cascabel se lo propuso:

—Me siento mejor, amigo mío, respondió, y si no os molesto...

—¡Molestarnos, caballero! respondió Cornelia. ¿Y qué entendéis por molestarnos?

—Aquí estáis en vuestra casa, añadió M. Cascabel, y si pensáis...

—Pues bien; pienso que es mejor no separarme de los que me han recogido... que me han consagrado...

—¡Por supuesto, señor, por supuesto! respondió M. Cascabel. Por lo tanto, es preciso que un médico se apresure á veros...

—¿No puede venir aquí?

—Nada más fácil; iré yo mismo á buscar al mejor de la ciudad.

La *Belle-Roulotte* se había detenido á la entrada de Sitka, en la extremidad de un paseo plantado de árboles, que se prolongaba hasta los macizos del bosque. El doctor Harry fué el indicado á M. Cascabel para hacer la visita al ruso.

Después de un detenido examen de la herida, el doctor declaró que no tenía gravedad; la puñalada se había desviado por una costilla. Ningún órgano importante había sido alcanzado, y gracias á las compresas de agua fría, gracias al jugo de las hierbas recogidas por la joven india, la cicatrización empezaba ya, y no tardaría muchos días en avanzar lo bastante para que el herido pudiera levantarse. Iba lo mejor posible, y podía desde luego tomar alimento. Pero seguramente si Kayette no le hubiera encontrado, si el derrame de la sangre no hubiera sido detenido por los cuidados de Mad. Cascabel, hubiese muerto algunas horas después del atentado cometido en su persona.

Entonces el doctor Harry dijo que, según él, el asesinato debía ser obra de ciertos afiliados de la banda Karnof, ó de Karnof mismo, que había sido visto en el Este de la provincia.

Este Karnof era un malhechor, de origen moscovita, ó mejor dicho siberiano, que tenía bajo sus órdenes á una compañía de desertores, como se encuentran en las posesiones rusas de Asia y de América. En vano la administración había puesto en campaña sus mejores sabuesos. En vano se habían ofrecido primas considerables para la captura de la banda. Aquellos tunantes, tan temidos como formidables, habían escapado hasta entonces. Y de aquí crímenes frecuentes, robos y asesinatos que habían esparcido el terror, principalmente en la parte meridional del territorio. La seguridad de los viajeros, de los traficantes, de los empleados de las Compañías de pieles, no estaba garantizada, y de seguro este nuevo crimen era obra de la banda Karnof.

Cuando se retiró el doctor Harry, dejó á la familia muy tranquilizada por el estado de su huésped.

La intención de M. Cascabel al detenerse en Sitka había sido la de reposar algunos días, reposo bien ganado por su personal después de un viaje de cerca de setecientas leguas desde Sierra Nevada. Además, esperaba hacer en esta villa dos ó tres buenas colectas, que vendrían á engrósar su peculio.

—Niños, ya no estamos en Inglaterra, dijo, y, por tanto, podemos permitirnos trabajar delante de los americanos.

M. Cascabel no dudaba, por otra parte, que el renombre de su familia hubiera ya penetrado hasta en medio del populacho alaskiano, y que se diría en Sitka:

—¡Los Cascabeles están dentro de nuestros muros!

Sin embargo, según una conversación que tuvo lugar entre el ruso y M. Cascabel dos días después, estos proyectos fueron algo modificados, salvo en lo que concernía al reposo de algunos días, necesitado por las fatigas del viaje. Este ruso, en concepto de Cornelia, no podía ser más que un príncipe; sabía ahora que las buenas personas que le habían salvado eran pobres artistas ambulantes que recorrían la América. Toda la familia le había sido presentada, así como la joven india, á la que debía el haber escapado á la muerte.

Una tarde, estando reunida toda la familia, contó su historia; únicamente lo que les importaba conocer de ella. Hablaba el francés con gran facilidad, como si esta lengua hubiera sido la suya, aunque hacía rodar un poco las *rr*, lo que da al lenguaje moscovita una inflexión á la vez dulce y enérgica, y en la que el oído encuentra cierto encanto.

Lo que contó era extremadamente sencillo.

Nada de aventurero ni tampoco de romancesco.

El ruso se llamaba Serge Wassiliowitch, y desde aquel día, con su permiso, no se le llamó más que el señor Serge en la familia Cascabel. De todos sus parientes, no tenía más que á su padre, que habitaba un dominio situado en el gobierno de Perm, á poca distancia de la ciudad de este nombre. M. Serge, llevado por sus instintos de viajero y sus gustos por los descubrimientos é investigaciones geográficas, había dejado á Rusia hacía tres años.

Después de haber visitado los territorios de la bahía de Hudson, se disponía á verificar un reconocimiento en Alaska desde la corriente del Youkon hasta el mar Ártico, cuando fué atacado en las circunstancias siguientes:

Su criado Ivan y él acababan de establecer su campamento sobre la frontera, en la noche del 4 de Junio, cuando una agresión súbita les sorprendió en su primer sueño.

Los dos hombres acababan de arrojar se so-

bre ellos. Se despertaron, se levantaron, quisieron defenderse... fué inútil; y casi de repente, el desgraciado Iván cayó herido por una bala en la cabeza.

—Era un bravo y honrado servidor, dijo M. Serge. Desde hace diez años vivíamos juntos. Me estaba completamente consagrado, y siento su muerte como la de un amigo.

Diciendo esto, M. Serge no podía ocultar su emoción, y siempre que hablaba de Iván, sus ojos, húmedos, indicaban cuán sincero era su dolor.

Después añadió que, herido él en el pecho, y habiendo perdido el conocimiento, no sabía lo que había pasado hasta el momento en que, vuelto á la vida, pero sin poder agradecerles sus cuidados, había comprendido que se encontraba en manos de gentes caritativas.

Cuando M. Cascabel le hizo saber que el atentado era atribuido á Karnof ó á alguno de sus cómplices, M. Serge no pareció sorprendido, pues había oído decir que aquella banda recorría la frontera.

—Como véis, dijo para terminar, mi historia no tiene nada de particular, y la vuestra debe ser mucho más curiosa. Mi campaña debía terminarse por la exploración de Alaska. Desde aquí esperaba marchar á Rusia para volver á ver á mi padre, y no abandonar jamás el dominio paternal. Ahora hablemos de vosotros, y primeramente quisiera saber cómo y por qué, siendo franceses, os encontráis tan lejos de vuestro país, en esta parte de América.

—Los saltimbanquis, señor Serge, ¿no se pasean por todas partes? respondió M. Cascabel.

—Sin duda; pero me extraña veros tan lejos de vuestra patria.

—Juan, dijo M. Cascabel dirigiéndose á su primogénito: cuenta á M. Serge por qué estamos aquí, y de qué modo volveremos á Europa.

Juan contó todo lo que había sucedido á los huéspedes de la *Belle-Roulotte*, desde su salida de Sacramento; y como deseaba ser comprendido de Kayette, hizo su relato en inglés, que M. Serge completaba, empleando el lenguaje chinouk.

La joven india escuchaba con la mayor atención. De esta manera supo lo que era la familia Cascabel, á la que estaba tan

estrechamente ligada. Supo que los saltimbanquis habían sido robados de todo lo que poseían en el momento en que franqueaban el desfiladero de Sierra Nevada para ganar el litoral del Atlántico, y cómo, faltos de dinero, obligados á modificar sus proyectos, se habían decidido á hacer por el Oeste lo que no podían hacer por el Este.

Después de haber vuelto hacia el Poniente la fachada de la casa ambulante, habían atravesado el Estado de California, el Oregón, el territorio de Washington, la Columbia, y se habían detenido en la frontera de Alaska. Allí era imposible pasar ante las formalidades de la Administración rusa — circunstancia feliz, pues esta interdicción les había permitido prestar socorro á M. Serge.

Y he aquí por qué los ambulantes franceses, y hasta normandos por el jefe de la familia, se encontraban en Sitka, gracias á la anexión de Alaska á los Estados Unidos, que les había abierto las puertas de la nueva posesión americana.

M. Serge escuchó el relato con el mayor interés, y cuando supo que M. Cascabel se proponía llegar á Europa atravesando toda la Siberia asiática, hizo un ligero movimiento de sorpresa, del que nadie, por otra parte, hubiera podido comprender la significación.

—¿De consiguiente, amigos míos, dijo cuando Juan acabó su historia, vuestra intención, en dejando á Sitka, es la de dirigiros hacia el estrecho de Behring?

—Sí, señor Serge, respondió Juan; y atravesarle cuando esté helado.

—¡Es largo y penoso el viaje que habéis emprendido, señor Cascabel!

—Largo, sí, señor Serge; penoso, lo será sin duda. ¿Qué queréis? No teníamos otro que elegir. Por otra parte, los saltimbanquis no consideran en nada las fatigas, y estamos acostumbrados á correr el mundo.

—¿Por supuesto, añadió M. Serge, con estas condiciones no esperaréis llegar á Rusia este año?

—No, respondió Juan, puesto que el Estrecho no estará franqueable antes de los primeros días de Octubre.

—En todo caso, repuso M. Serge, no deja de ser un proyecto aventurado y atrevido...

—Es posible, respondió M. Cascabel; pero, puesto que no se puede hacer de otra manera... Señor Serge, estamos acometidos de la nostalgia del país. Queremos volver á entrar en Francia, y lo conseguiremos. Y puesto que pasaremos por Perm, por Nidji, en la época de las ferias... procuraremos que la familia Cascabel no haga en ellas un papel desairado.

—Sea; pero ¿cuáles son vuestros recursos?

—Algunas colectas que hemos recogido en el camino, que espero engrosar dando dos ó tres representaciones en Sitka. Precisamente la ciudad está de fiesta con motivo de la anexión, é imagino que el público se interesará por los ejercicios de la familia Cascabel.

—Amigos míos, dijo M. Serge: tendría mucho gusto en compartir mi bolsa con vosotros, si no he sido robado...

—¡No lo habéis sido, señor Sergel respondió vivamente Cornelia.

—¡Ni en medio rublo! añadió César.

Y llevó el cinturón, en el que se encontraba todo el dinero que poseía M. Serge.

—Entonces, amigos míos, ¿querréis aceptar...?

—No, señor Serge, respondió M. Cascabel; para sacarnos de apuros, no podemos consentir en que tengáis vos que pasarlos.

—¿Rehusáis el partir conmigo?

—¡Absolutamente!

—¡Ah, estos franceses! dijo M. Serge tendiéndole la mano.

—¡Viva Rusia! gritó el joven Sandre.

—Y ¡viva Francia! respondió monsieur Serge.

Era la primera vez, sin duda, que este doble grito se cambiaba en estos lejanos territorios de América.

—Ya se ha hablado bastante, señor Serge, dijo Cornelia. El médico os ha recomendado calma y reposo, y los enfermos deben obedecer siempre á su médico.

—Os obedeceré, Mad. Cascabel, respondió M. Serge; pero tengo todavía una cuestión que proponer, ó, mejor, una petición que haceros.

—Á vuestras órdenes, señor Serge.

—Más bien es un servicio el que espero de vosotros.

—¿Un servicio?

—Puesto que os dirigis al estrecho de

Behring, ¿queréis permitirme que os acompañe hasta allí?

—¿Acompañarnos?

—Sí. Este viaje completará mi exploración de Alaska por el Oeste.

—Y os respondo que lo efectuaremos con mucho gusto, señor Serge, exclamó M. Cascabel.

—Con una condición, añadió Cornelia.

—¿Cuál es?

—La de que haréis todo lo que sea necesario para restableceros... sin replicar.

—Con una condición también; y es que, puesto que os acompaño, contribuiré á los gastos del viaje.

—Como gustéis, señor Serge, respondió M. Cascabel.

Todo estaba convenido á satisfacción de ambas partes. Sin embargo, el jefe de la familia no creyó deber renunciar á su proyecto de dar algunas representaciones sobre la gran plaza de Sitka, lo que debía procurarles á la vez honra y provecho.

Toda la provincia estaba de fiesta con motivo de la anexión, y la *Belle-Roulotte* no había podido llegar más á propósito para los regocijos públicos.

No hay para qué decir que M. Cascabel había hecho su declaración relativa al atentado cometido en la persona de monsieur Serge, y que se dieron órdenes de perseguir más vivamente á la banda Karnof sobre la frontera alaskiana.

El 17 de Junio M. Serge pudo salir por primera vez. Estaba mucho mejor, y su herida cicatrizada, gracias á los cuidados del doctor Harry.

Hizo entonces conocimiento con los demás artistas de la compañía; los dos perros, que vinieron á frotar dulcemente sus piernas; Jako, que le saludó con un «¿vamos bien, señor Serge?» que había aprendido de Sandre; después John-Bull, del que tuvo á bien aceptar las mejores muecas. No sucedió así con los dos viejos caballos Gladiador y Vermont, que no relincharon de alegría hasta que los gratificó con un terrón de azúcar.

M. Serge era ya de la familia, así como la joven Kayette. Había notado el carácter serio, el espíritu aplicado, las tendencias superiores á su condición que distinguían al hijo primogénito. Sandre y Napoleona le encantaban por su gracia y su vivacidad. Clou le divertía por su buena y hon-

rada estupidez. En cuanto á los esposos Cascabel, no había más que apreciar sus virtudes domésticas. Eran decididamente gentes de corazón, por las que sentía vivísimo interés.

Entretanto se ocupaban activamente de los preparativos de la próxima partida. Se trataba de no descuidar nada para asegurar el éxito de este viaje en un recorrido de quinientas leguas desde Sitka hasta el estrecho de Behring. Este país, casi desconocido, no ofrecía grandes peligros, es verdad, ni por parte de las fieras, ni por la de los indios nómadas ó sedentarios, y nada sería más fácil que hacer alto en las diferentes factorías ocupadas por los empleados de las compañías de pieles. Lo importante era proveer las necesidades cotidianas de la vida á través de una comarca cuyos recursos, fuera de la caza, debían ser casi nulos.

Sucedió, pues, que la familia tuvo que discutir todas estas cuestiones con monsieur Serge.

—En primer lugar, dijo M. Cascabel, es necesario tener en cuenta una circunstancia, y es que no tendremos que viajar durante la mala estación.

—Felizmente, respondió M. Serge; porque son crueles los inviernos en Alaska, en el límite del círculo polar.

—Y después no iremos á ciegas, añadió Juan. M. Serge debe ser un sabio geógrafo...

—¡Oh! respondió M. Serge, un geógrafo en medio de los países que no conoce, se ve muy apurado para encontrar su camino. Pero con las cartas, mi amigo Juan, ha llegado hasta aquí, y espero que entre los dos haremos en lo sucesivo lo que podamos. Por otra parte, tengo una idea que os comunicaré más adelante.

Desde el momento que M. Serge tenía una idea, no podía menos de ser excelente, y se le dejó que la madurase largo tiempo para ponerla en ejecución.

Como no faltaba el dinero, M. Cascabel renovó sus provisiones de harina, grasa, arroz, tabaco, y sobre todo de té, del que se hace un consumo excesivo en la provincia alaskiana; se procuró también jamones, *cornbeef* (1), bizcochos y gran cantidad de conservas de *ptarmigan* en el depósito de la Compañía Ruso-Americana.

(1) Vaca salada.

na. El agua no faltaría en el camino con los afluentes del Youkon; pero sería mejor mezclada con un poco de azúcar y cognac, ó más bien de *vodka*, especie de aguardiente muy apreciado de los rusos. Se compró, pues, azúcar y *vodka* en cantidades suficientes. En cuanto al combustible, aunque los bosques debieran suministrarle, la *Belle-Roulotte* llevó una tonelada de excelente carbón de Vancouver; nada más que una tonelada, por no recargarla en demasía.

El segundo compartimiento había sido dispuesto para recibir una hamaca suplementaria, en la que M. Serge se encontraba muy á gusto, y que fué provista de una buena colchoneta. Se hizo igualmente acopio de mantas y pieles de liebre, tan en uso entre los indios durante el invierno. Por otra parte, para el caso en que fuera necesario comprar algunos objetos en el camino, M. Serge se proveyó de chucherías de cristal, telas de algodón, cuchillos y tijeras baratas, que forman la moneda corriente entre traficantes é indigenas. Como les era permitido contar con la caza, puesto que la mayor, gamos y renos, y la menor, liebres, faisanes, ocas y perdices, abundan en el territorio, se adquirió pólvora y plomo en cantidad conveniente. M. Serge pudo asimismo procurarse dos fusiles y una carabina, que completaron el arsenal de la *Belle-Roulotte*. Era buen tirador, y tendría sumo placer en cazar acompañado de su amigo Juan.

No hay que olvidar, por otra parte, que la banda Karnof recorría el país por las cercanías de Sitka, y era necesario prevenirse contra una agresión de aquellos malhechores, y si á mano viene, recibirlos como merecían.

—A las preguntas que nos puedan hacer esas gentes indiscretas, hizo observar M. Cascabel, la mejor respuesta es una bala en medio del pecho...

—A menos que no sea en la cabeza, hizo observar juiciosamente Clou de Giroffé.

Gracias al comercio que la capital de Alaska mantenía con las diversas ciudades de Columbia y los puertos del Pacífico, M. Serge y sus compañeros pudieron adquirir, sin pagar precios muy exagerados, todos los objetos necesarios para ha-

cer una larga travesía por un país desierto.

Estas compras no se terminaron hasta la penúltima semana del mes de Junio, y la partida se fijó definitivamente para el 26. Como no había que soñar en atravesar el estrecho de Behring antes que estuviera completamente ocupado por los hielos, había tiempo de sobra para llegar allí. Sin embargo, convenia contar con los retrasos posibles, obstáculos imprevisitos, y más valía llegar pronto que tarde. En Port-Clarence, que está situado sobre el litoral mismo del Estrecho, se descansaría esperando el momento favorable de transportarse á la costa asiática.

Y durante este tiempo, ¿qué hacía la joven india? Nada más sencillo. Ayudaba con mucha inteligencia á Mad. Cascabel en todos los preparativos del viaje. Esta excelente mujer había tomado por ella un cariño maternal: la amaba casi como á Napoleona, interesándose más cada día por su nueva hija. Todos, por otra parte, experimentaban un cariño profundo hacia Kayette, y sin duda la pobre niña gozaba de una dicha que no había jamás conocido en medio de las tribus nómadas, bajo la tienda de los indios. Cada cual veía, pues, llegar con gran tristeza el momento en que Kayette se separase de la familia. Pero al presente, sola en el mundo, ¿no debía quedarse en Sitka, puesto que había venido con el fin de dedicarse al servicio y ganar su vida como criada, quizás en condiciones miserables?

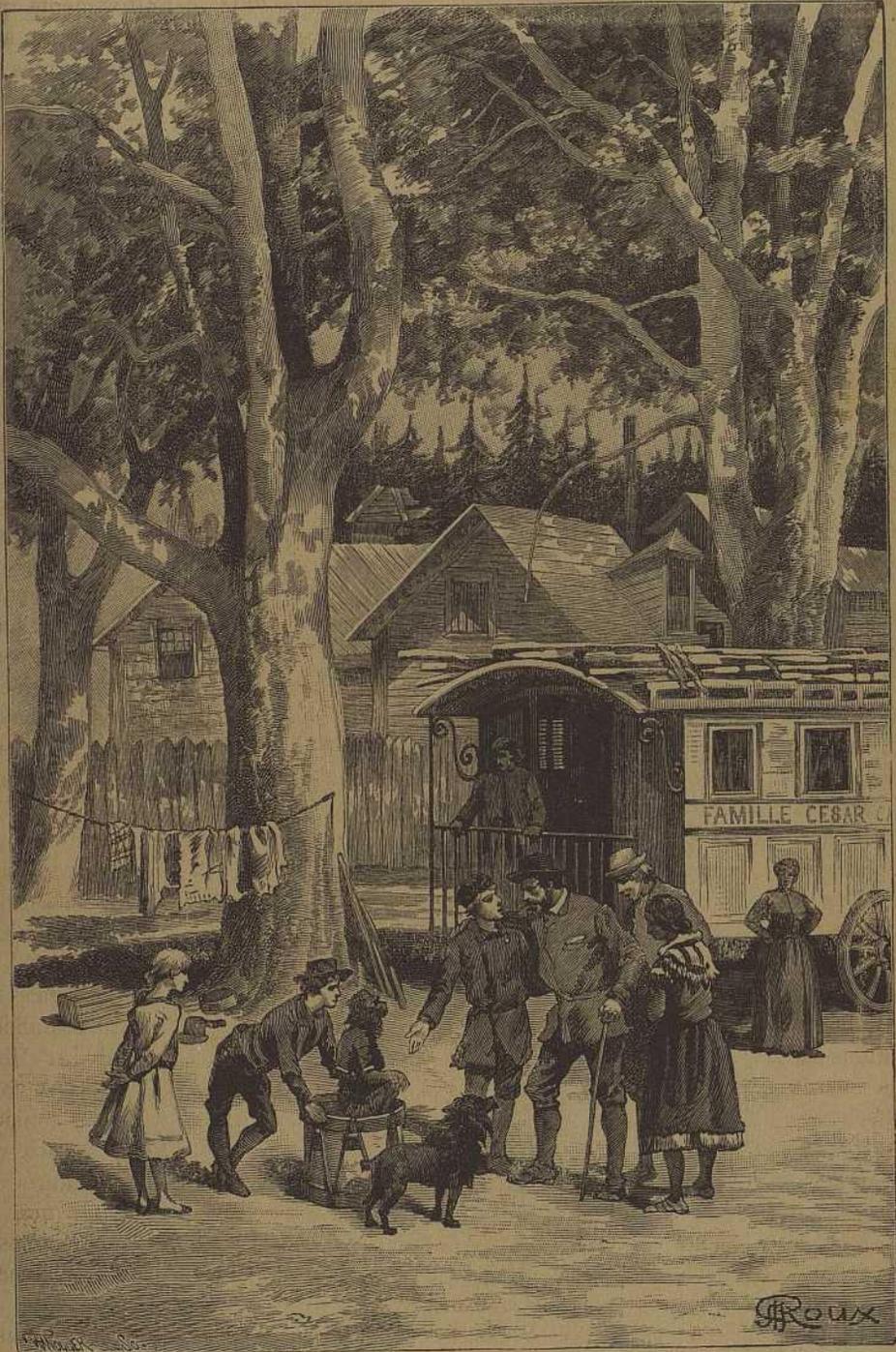
Algunas veces M. Cascabel decía:

—Si esta gentil Kayette tuviera afición al baile, puede que la propusiera... ¡Hein! ¡Qué encantadora bailarina haría! Y también, ¡qué graciosa *ecuyère* si quisiera debutar en un circo! Estoy seguro que montaría á caballo como un centauro.

M. Cascabel creía firmemente que los centauros eran unos excelentes jinetes, y no hubiera sido posible hacerle creer lo contrario.

Viendo que Juan movía la cabeza cuando su padre hablaba así, comprendía monsieur Serge que aquel muchacho serio y reservado estaba lejos de participar de las ideas paternas en lo que concernía á la acrobacia y otros ejercicios de las compañías ambulantes.

Se preocupaban mucho por Kayette, de



M. SERGE PUDO SALIR POR PRIMERA VEZ

lo que sería de ella, de la existencia que la esperaba en Sitka, y esto derramaba cierta sombra de tristeza, cuando la víspera de la partida, M. Serge, llevándola de la mano, la presentó delante de la familia reunida.

—Amigos míos, dijo, antes no tenía hijos; al presente tengo una hija adoptiva. Kayette consiente en considerarme como á su padre, y os pido para ella un sitio en la *Belle-Roulotte*

Varios gritos de júbilo respondieron á M. Serge, y ¡cuántas caricias se prodigaron á la «pequeña codorniz!» Por su parte, ¡con qué placer había aceptado la proposición de M. Serge! M. Cascabel no pudo menos de decir á éste, no sin alguna emoción:

—¡Qué bueno sois!

—¿Y por qué, amigo mío? respondió M. Serge. ¿Habéis olvidado lo que Kayette ha hecho por mí? ¿No es natural que la mire como á mi hija, puesto que la debo la vida?

—Pues bien, repartamos, exclamó monsieur Cascabel. Puesto que sois su padre, M. Serge, yo seré su tío.

III

DE SITKA AL FUERTE YOUKON

El 26 de Junio, al amanecer, «el carro Cascabel levó anclas» según una de las frases metafóricas, familiar á su comandante. Falta saber, para completar aquella metáfora por la frase del inmortal Prudhomme, si no iba á navegar sobre un volcán.

Esto no era imposible en sentido figurado: primero, porque las dificultades del camino serían grandes, físicamente; después, porque los volcanes, extinguidos ó no, no faltan sobre la costa septentrional del mar de Behring.

La *Belle-Roulotte* dejó, pues, la capital alaskiana en medio de las mil aclamaciones que acompañaron ruidosamente á su salida. Eran las de numerosos amigos, de quienes la familia había recogido los bravos, y también los rublos (1) durante los pocos días pasados en las puertas de Sitka. La palabra «puerta» es más justa

(1) Moneda rusa que vale unos 18 reales.

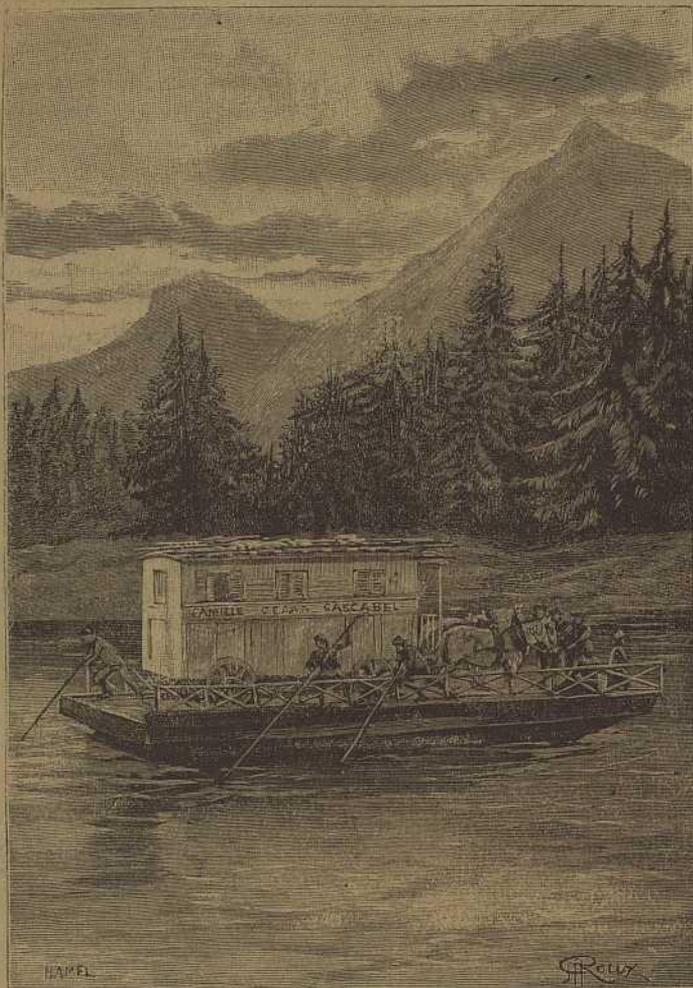
que parece. En efecto; la ciudad está rodeada de una empalizada, fuertemente construida, que no permite la entrada más que por algunas aberturas, que sería difícil franquear sin permiso.

Sin duda las autoridades rusas han debido hacer esto para prevenirse contra la afluencia de los indios kaluches, que vienen á instalarse lo más comunmente entre las riberas Stekine y Tchilcat, en los alrededores de Nueva Arcángel. Allí se levantan sus chozas, que son de construcción muy rudimentaria; una puerta baja da entrada á una habitación circular, algunas veces dividida en dos departamentos, solamente iluminados por un agujero practicado en la parte superior, y que permite la salida de los humos del hogar. El conjunto de estas chozas forma como un *faubourg* de Sitka, un *faubourg extramuros*. Después de la puesta del sol, ningún indio tiene el derecho de permanecer en la ciudad. Prohibición justa que necesitan las relaciones bastante inquietantes existentes entre los *Pieles Rojas* y los *Rostros Palidos*. Fuera de Sitka, la *Belle-Roulotte* tuvo primeramente que atravesar una serie de estrechos pasos por medio de barcas dispuestas al objeto, á fin de ganar el fondo de un golfo sinuoso, terminado en punta, y llamado Lyan-Canal.

A partir de este punto, estaban en tierra firme.

El plan del viaje, ó mejor el itinerario, había sido cuidadosamente estudiado por M. Serge y Juan sobre los mapas de gran escala que había sido fácil procurarse en Gardens-Club. Kayette, que conocía bien el país, había sido llamada para dar su opinión en esta circunstancia. Su viva inteligencia la había permitido comprender las indicaciones de la carta puesta ante sus ojos. Se expresaba en un lenguaje, mitad indio, mitad ruso, y sus observaciones fueron muy útiles para la discusión. Se trataba de tomar, si no el camino más corto, al menos el más fácil para llegar á Port-Clarence, situado sobre la ribera Este del Estrecho.

Se convino, pues, en que la *Belle-Roulotte* siguiese las orillas del gran río Youkon hasta la altura del fuerte que ha tomado el nombre de esta corriente. Estaban casi á la mitad del camino, ó sea á doscientas cincuenta leguas de Sitka. Así



La *Belle-Roulotte* tuvo que atravesar una serie de estrechos pasos...

evitarían las dificultades de un camino á lo largo del litoral, en que la costa es en parte montañosa. Por el contrario, el valle del Youkon se desarrolla entre las cadenas complicadas del Oeste y las Montañas Rocosas, que separan Alaska del valle de Mackensie y del territorio de la Nueva Bretaña.

De aquí que algunos días después de su partida, la familia Cascabel había visto desaparecer hacia el Sudoeste los perfiles desigualados de la costa que dominan á gran altura el monte Fairweather y el monte Elías.

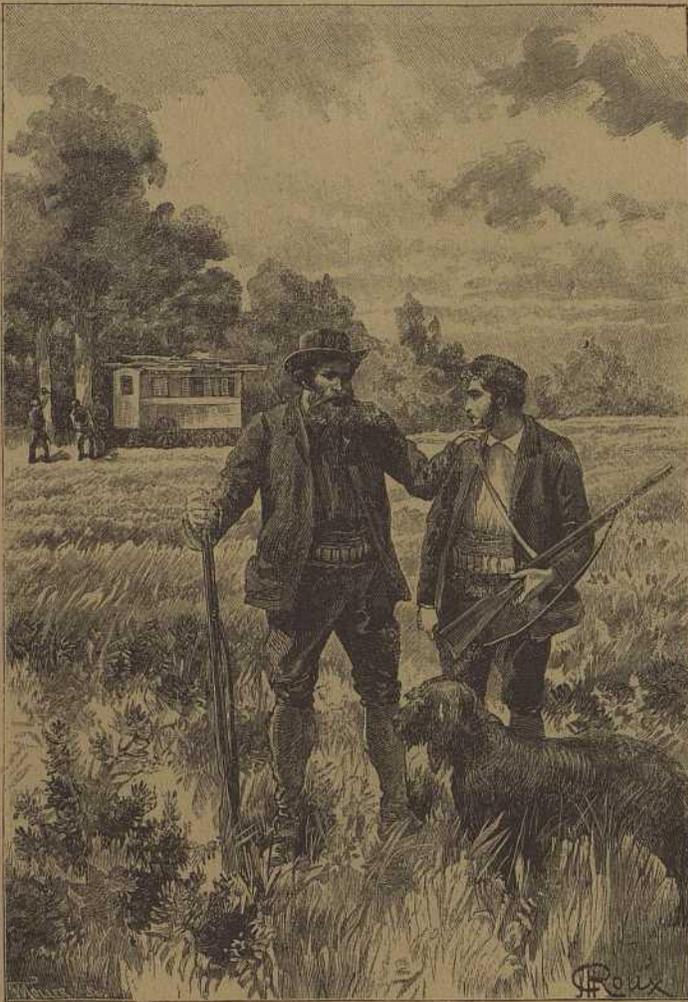
La distribución de las horas de marcha y de descanso, estudiada con cuidado, había sido seguida con todo rigor. No había que apresurarse por ganar el estre-

cho de Behring, y más valía ir *piano* para llegar *sano*. Lo importante era no fatigar demasiado á los dos caballos, pues no podían ser reemplazados más que por un tiro de renos, si se les desgraciaban; eventualidad que convenía evitar á todo trance.

Por consiguiente, se partía á las seis de la mañana; al medio día, dos horas de descanso, y vuelta á marchar hasta las seis de la tarde; después descanso durante toda la noche. Esto daba un recorrido medio de cinco á seis leguas diarias.

Además, nada más fácil que el viajar de noche, si hubiera sido necesario, porque, según la observación de M. Cascabel, el sol de Alaska no abusa del lecho.

—¡Apenas se acuesta, se levanta! decía.



M. Serge no pudo oírle sin sentir profunda emoción.

¡Veintitrés horas de luz, y sin embargo no se le paga más!

En efecto, en esta época, es decir, alrededor del solsticio de verano, y en esta alta latitud, el sol desaparece á las once y diecisiete minutos de la noche, y reaparece á las once y cuarenta y nueve, ó sea treinta y dos minutos de eclipse bajo el horizonte. Y hasta el crepúsculo, que se prolonga después de él, mezcla sin interrupción su claridad con la del nuevo amanecer.

En cuanto á la temperatura, era caliente, y á veces sofocante. En estas condiciones, hubiera sido más que imprudente no hacer alto durante las horas ardientes del Mediodía. Personas y animales sufrían sensiblemente estos calores excesivos.

—¿Se creerá que, en el límite del Círculo polar, el termómetro marca á veces treinta grados centígrados sobre cero? Nada más cierto.

Sin embargo, si el viaje se verificaba con seguridad y sin grandes dificultades, Cornelia, abrumada por estos insoportables calores, se quejaba, no sin razón.

—¡Bien pronto echaréis de menos lo que ahora os parece tan difícil soportar! la dijo un día M. Serge.

—¿Semejante calor?... ¡Jamás! exclamó ella.

—En efecto, madre, añadió Juan; sufrirás bien pronto los efectos del frío, más allá del estrecho de Behring, cuando atravesemos las estepas de Siberia.

—Estoy conforme, Sr. Serge, respondió

M. Cascabel. Pero si no podemos defendernos contra el calor, ayudándonos el fuego nos es posible combatir el frío.

—Sin duda, amigo mío, replicó M. Serge; y eso tendréis que hacer durante algunos meses, porque el frío será terrible, no lo dudéis.

El 3 de Julio, después de haber marchado á través de los *canons* (estrechas gargantas caprichosamente recortadas en medio de colinas de mediana altura) la *Belle-Roulotte* vió desarrollarse delante de sí largas planicies entre los bosques, poco espesos, de este territorio.

Aquel día se costeoó un pequeño lago, el lago en Dease, en donde nace el río Lewis, uno de los principales afluentes del bajo Youkon.

Kayette lo reconoció, y dijo:

—Sí, éste es el *cargout*, que va á desembocar en nuestro gran río.

Y habia hecho saber á Juan que, en lenguaje alaskiano, la palabra *cargout* significa precisamente *arroyo*.

Durante este viaje, sin obstáculos ni fatigas, ¿descuidaban los artistas de la *troupe* Cascabel, ensayar sus ejercicios, sostener la fuerza de sus músculos, la agilidad de sus miembros y la destreza de sus manos? Ciertamente que no; y á menos que el calor no lo permitiera, cada campamento se transformaba por la noche en un circo, que tenia por únicos espectadores á M. Serge y á Kayette. Los dos admiraban entonces las proezas de esta valiente familia, la joven india no sin alguna sorpresa, M. Serge con benevolencia.

M. y Mad. Cascabel levantaban pesos con los brazos extendidos, y jugaban con los balancines; Sandre se retorció con las dislocaciones y contorsiones que constituían su especialidad; Napoleona se aventuraba en la cuerda tirante, entre dos caballetes, y desplegaba sus gracias de bailarina, mientras que Clou hacia gala de sí mismo ante un público absolutamente imaginario.

Con seguridad, Juan hubiera preferido permanecer con sus libros, instruirse conversando con M. Serge, instruir á Kayette, que, gracias á él, hacía rápidos progresos en la lengua francesa; pero su padre exigía que no perdiese nada de su notable destreza de equilibrista, y por obediencia hacia voltear sus vasos, sus anillos, sus

bolas, sus cuchillos, sus bastones...— pensando en otra cosa el pobre muchachol—

Por otra parte, lo que le habia producido gran satisfacción es que M. Cascabel habia renunciado á su proyecto de hacer de Kayette una artista ambulante. Desde que la joven habia sido adoptada por M. Serge, hombre rico, instruido, perteneciente á buena familia, su porvenir estaba asegurado, y en las mejores condiciones.

¡Sí! Esto llenaba de satisfacción al bravo Juan, aunque por otra parte experimentaba un disgusto real, pensando que Kayette les dejaria cuando estuvieran en el estrecho de Behring. Y esto no sucederia si hubiera formado parte de la *troupe* en concepto de bailarina.

Pero Juan experimentaba por ella una amistad demasiado viva para no regocijarse pensando en que habia sido adoptada por M. Serge. ¿Acaso él mismo no tenia sumo afán por cambiar de oficio? Obedeciendo á sus instintos más elevados, no se creia á propósito para aquella existencia de saltimbanqui; y ¡cuántas veces sobre las plazas públicas habia tenido vergüenza de los aplausos que le valia su notable destreza!

Paseándose una tarde con M. Serge, le confesó por completo sus aspiraciones y deseos. Le dijo lo que hubiera querido ser, de lo que se creia con legitima ambición. Quizá se veria obligado á continuar corriendo el mundo, á exhibirse en las fiestas foráneas, á proseguir en este oficio de gimnastas y acróbatas; quizá sus padres llegarían á vivir con algún desahogo; tal vez acabaría él por adquirir alguna fortuna. Pero entonces seria demasiado tarde para entrar en una carrera más honrosa.

—No reniego de mi padre ni de mi madre, Sr. Serge, añadió. ¡No! ¡Seria un ingrato! ¡Todo lo que podían hacer, lo han hecho! ¡Han sido buenos para sus hijos! Sin embargo, siento que podria llegar á ser un hombre, y no estoy destinado más que á ser un pobre saltimbanqui.

—Amigo mío, le respondió M. Serge, te comprendo. Pero permíteme que te diga que, sea cualquiera el oficio que se ejerza, ya es algo el haberle ejercido honradamente. ¿Conoces tú gente más honrada que tu padre y tu madre?

—¡No, M. Serge!

—Pues bien, continúa estimándolos como los estimo yo mismo. Queriendo elevarte, das prueba de tu noble condición. ¿Quién sabe el porvenir que te está reservado? ¡Ten valor, hijo mío, y cuenta con mi apoyo! ¡No olvidaré jamás lo que tu familia ha hecho por mí; no, jamás! Y algún día, si puedo...

Y mientras hablaba de este modo, Juan observaba que la frente de M. Serge se oscurecía, que su voz era menos segura. Parecía mirar el porvenir con ojo inquieto. Hubo un instante de silencio, que Juan interrumpió, diciendo:

—Una vez llegado á Port-Clarence, señor Serge, ¿por qué no continuáis el viaje con nosotros? Puesto que tenéis intención de volver á Rusia, al lado de vuestro padre...

—Es imposible, Juan, respondió Serge. No he acabado la exploración emprendida á través de los territorios del Oeste de América.

—¿Marchará Kayette con vos?... murmuró Juan.

Y lo dijo con una voz tan triste, que M. Serge no pudo oírle sin sentir profunda emoción.

—¿No es necesario que me acompañe, repuso, habiéndome encargado de su porvenir?...

—Kayette no se separaría de vos, monsieur Serge, y en vuestro país...

—Hijo mío, respondió M. Serge, mis proyectos no están definitivamente resueltos. Esto es todo lo que puedo decirte por el momento. Cuando esté en Port-Clarence veremos... Quizá haga á tu padre cierta proposición, y de ella dependerá sin duda...

Juan sintió renacer la excitación que ya había notado en las palabras de M. Serge. Esta vez no insistió, comprendiendo que debía guardar extremada reserva.

Pero después de esta entrevista, hubo más estrecha simpatía entre los dos. Monsieur Serge había adivinado todo lo que existía de bueno, de justo, de elevado en este muchacho, tan recto, tan franco. Se ocupaba, pues, de instruirle, dirigiéndole hacia los estudios á que le encaminaban sus gustos. En cuanto á M. y Mad. Cascabel, no debían más que felicitarse de lo que M. Serge hacía por su hijo.

Juan no se descuidaba tampoco en ejercer sus funciones de cazador. M. Serge, muy apasionado por este ejercicio, le acompañaba á menudo, y entre dos disparos, ¡cuántas cosas se pueden decir! Por otra parte, estas llanuras eran muy abundantes en caza.

Había liebres para alimentar toda una caravana. Y no solamente desde el punto de vista comestible tenían utilidad, sino que, como decía M. Cascabel, además de los guisos y asados que con ellas podían hacerse, llevaban encima, corriendo por la pradera, capotes, boas, manguitos y mantas.

—En efecto, amigo mío, le respondió M. Serge; y después de haber servido bajo una forma, servirán no menos ventajosamente bajo otra en vuestro guardarropa. Todo lo que se haga es poco para prevenirse contra los rigores del clima siberiano.

Se hacía, pues, gran provisión de estas pieles, economizando además las conservas para la época en que el invierno pusiera en fuga la caza de las comarcas polares.

Cuando los cazadores no traían ni perdices ni liebres, no desdeñaba Cornelia poner en el puchero un cuervo ó un grajo, á la moda indiana, y la sopa no dejaba por eso de ser excelente.

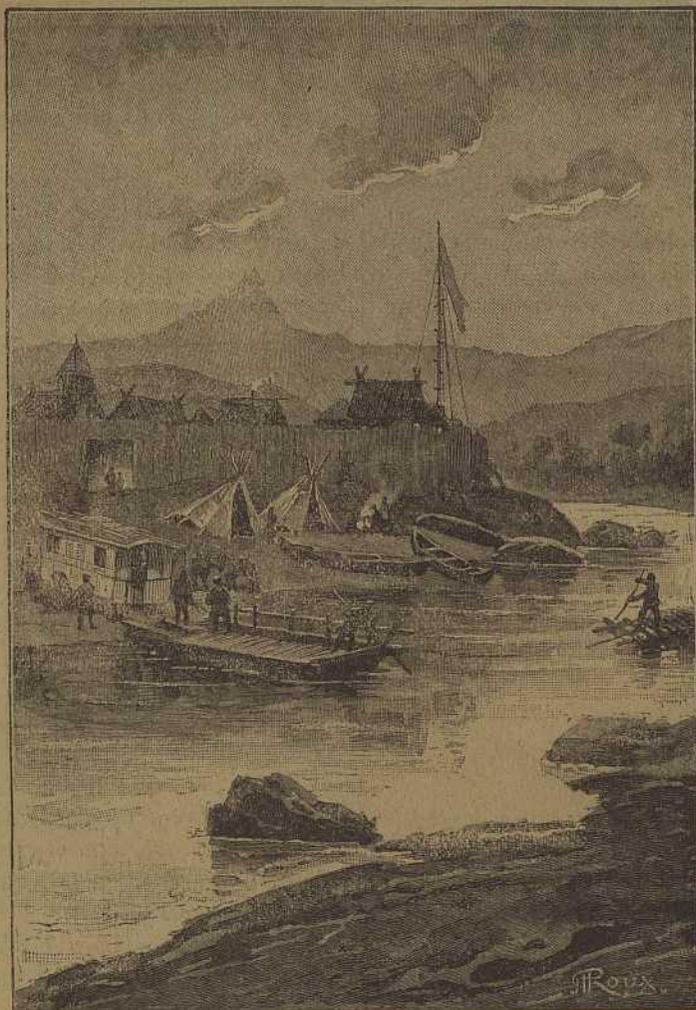
De cuando en cuando M. Serge ó Juan sacaban de su morral un magnífico faisán, y fácilmente se comprenderá qué buen papel haría este guisado, sobre la mesa.

La *Belle-Roulotte* no tenía, pues, que temer la visita del hambre. Es verdad que no estaba todavía sino en la parte más fácil de su aventurero itinerario.

Una molestia, mejor un tormento, que no había medio de evitar, eran las importunidades de los mosquitos. M. Cascabel los encontraba muy desagradables ahora que no estaba en tierra inglesa. Y sin duda su desazón hubiera excedido á toda medida, si las golondrinas no hubieran hecho de ellos un consumo extraordinario.

Pero estas golondrinas no tardarían en emigrar hacia el Sur, porque es de corta duración su estancia en el Círculo polar.

El 9 de Julio, la *Belle-Roulotte* llegó á la confluencia de dos corrientes, una tributaria de la otra. Era el Lewis-river, que desemboca en el Youkon por una ancha abertura de su ribera izquierda.



Una barca transportó á la *Belle-Roulotte* sobre la ribera derecha...

Kayette hizo observar que este río, en la parte superior de su curso, recibe el nombre de Pelly-river. A partir de la embocadura del Lewis se dirige francamente hacia el Noroeste, antes de desviarse hacia el Oeste, para ir á verter sus aguas en un vasto estuario del mar de Behring.

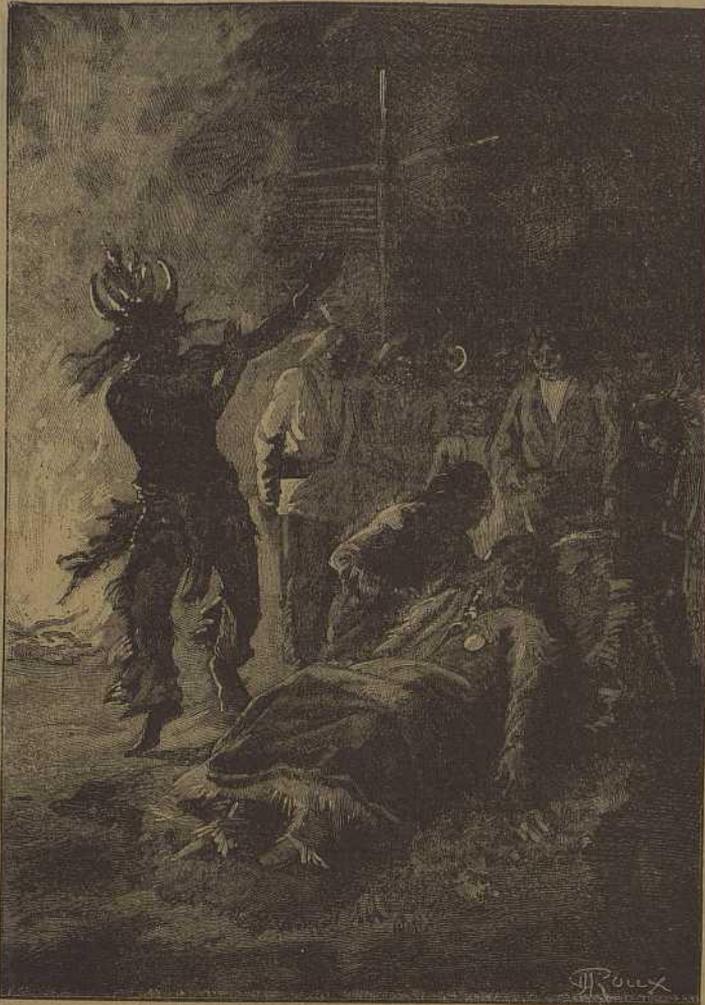
En la confluencia del Lewis se levanta un puesto, el fuerte Selkirk, menos importante que el fuerte Youkon, situado á un centenar de leguas hacia abajo sobre la ribera derecha del río.

Desde la salida de Sitka, la joven india había hecho grandes servicios guiando á la *troupe* con pasmosa seguridad. Ya durante su vida nómada había recorrido estas llanuras que riega el gran río alaskiano. Interrogada por M. Serge acerca

de su infancia, había contado su vida, tan penosa, cuando las tribus indgeletas se trasladaban de un punto á otro del valle del Youkon; después la dispersión de la tribu, la dispersión de su familia. Y entonces, no teniendo ya parientes, se había visto reducida á abrazar el oficio de sirviente en casa de algún funcionario ó agente de Sitka. Más de una vez Juan la hizo volver á empezar su historia, y experimentaba siempre profunda emoción.

En los alrededores del fuerte Selkirk se encontraron algunos de aquellos indios que viven errantes sobre las riberas del Youkon, particularmente los Birch, nombre que Kayette traducía así: «Gentes del abedul.»

Y, en efecto, existen numerosas de estas



El mago ensayaba sus mejores sortilegios..

especies de las altas latitudes en medio de los pinos Douglas y de los arces, de los que está sembrado el centro de la provincia alaskiaua.

El fuerte Selkirk, ocupado por algunos empleados de la Compañía ruso-americana, no es, á decir verdad, más que un depósito de peleterías, en que los negociantes del litoral vienen á hacer sus compras en épocas determinadas.

Estos empleados, gozosos por una visita que rompía la monotonía de su existencia, hicieron buena acogida al personal de la *Belle-Roulotte*. M. Cascabel resolvió descansar veinticuatro horas.

Se decidió también que el coche atravesase el río Youkon en este punto, con el fin de no tener que franquearle más tarde,

y quizá en condiciones menos favorables. En efecto, su cauce ganaba en anchura y su corriente en rapidez á medida que se desarrollaba hacia el Oeste.

M. Serge fué el que dió este consejo después de haber estudiado sobre el mapa el trazado del Youkon, que cortaba el itinerario á doscientas leguas de Port-Clarence.

Una barca transportó, pues, á la *Belle-Roulotte* sobre la ribera derecha, con la ayuda de los agentes y de los indios vecindados alrededor del fuerte Selkirk, y que explotan las aguas del río, tan abundantes en pesca.

La llegada de la familia no les fué del todo inútil, y á cambio de sus servicios pudieron recibir uno, cuya importancia apreciaron en lo mucho que valía.

El jefe de la tribu se encontraba gravemente enfermo; por lo menos hubiera podido creerse. Ahora bien; no tenían más remedios ni más médico que el mago tradicional y los medicamentos mágicos usados entre los indígenas. Hacía algún tiempo que este jefe había sido acostado en la plaza del pueblo, donde ardía una gran hoguera noche y día. Los indios, reunidos á su alrededor, cantaban á coro una invocación al gran *Manitú*, mientras que el mago ensayaba sus mejores sortilegios á fin de arrojar al mal espíritu introducido en el cuerpo del enfermo. Y para conseguirlo mejor, trataba de introducir dicho espíritu en su propia persona; pero éste, cada vez más terco, no quería abandonarle.

Afortunadamente, M. Serge, que tenía alguna tintura de medicina, pudo dar al jefe indio los cuidados que su estado reclamaba.

Cuando M. Serge le hubo examinado, diagnosticó sin trabajo la dolencia del augusto enfermo; y recurriendo al botiquín de viaje, le administró un enérgico vomitivo, que todas las ceremonias practicadas por el mago no hubieran podido reemplazar.

La verdad es que este jefe había tomado una indigestión de primer orden, y las pintas de té que absorbía desde dos días antes no bastaban á combatirla.

No murió, pues, con gran satisfacción de su tribu, lo que privó á la familia Cascabel de asistir á las ceremonias que acompañan al entierro de un soberano.

Y aun la palabra *entierro* no es la más justa tratándose de funerales indios. Allí no se da tierra al cadáver; se le suspende en el aire á algunos pies del suelo, y en el fondo de su ataúd, y como para servirle en el otro mundo, se depositan su pipa, su arco, sus flechas, sus raquetas y las pieles más ó menos preciosas con que se revestía en el invierno.

Y durante su eterno sueño, la brisa le mece como á un niño en su cuna.

Después de las veinticuatro horas pasadas en el fuerte Selkirk, la familia Cascabel marchó, con permiso de los indios y de los empleados, guardando un buen recuerdo de este primer descanso sobre la ribera del río. Subió la corriente del Pelly-river por una especie de ribazo bastante

pedregoso, y del que el tiro no salió sin gran trabajo. Por último, el 27 de Julio, diecisiete días después de haber dejado el fuerte Selkirk, la *Belle-Roulotte* llegó al fuerte Youkon.

IV

UNA IDEA DE CORNELIA CASCABEL

Sobre la ribera derecha del río, la *Belle-Roulotte* había hecho el viaje comprendido entre el fuerte Selkirk y el fuerte Youkon. Se había mantenido á una distancia variable, con el fin de evitar las revueltas que se hubiera visto obligada á hacer siguiendo la corriente, interrumpida por cortaduras numerosas, cuyas avenidas formaban á veces impracticables lagunas. Así sucede por este lado al menos, porque á la izquierda algunas colinas de mediana altura encauzan el valle, prolongándose hacia el Noroeste. También hubiera sido molesto franquear ciertos pequeños afluentes del Youkon, entre otros el Stewart, que no está servido por barcas, si durante la estación cálida no se hubiera podido vadear con el agua á media pierna solamente. Todavía M. Cascabel y los suyos se hubieran visto más apurados sin la presencia de Kayette, que, conociendo bien este valle, pudo indicarles los pasos practicables.

Era en verdad mucha fortuna el tener á esta joven india por guía. Por otra parte, ¡era ésta tan dichosa sirviendo á sus amigos; estaba tan contenta por encontrarse en medio de una nueva familia, tan gozosa en recibir todavía las maternales caricias, de que se creía privada para siempre!...

El país se hallaba cubierto de bosque en su parte central, ondulado por ligeras tumescencias en diversos puntos; pero no era éste ya el aspecto de los alrededores de Sitka.

En efecto: el rigor de un clima sometido á ocho meses de un invierno ártico, no permite á la vegetación desarrollarse. Por consiguiente, las especies propias de estas regiones pertenecen únicamente, á excepción de algunos álamos, cuya cima se redondea en curva, á la familia de los pinos y de los abedules. También se encuentran

algunos grupos de tristes sauces, secos y descoloridos, cuyas hojas desaparecen pronto á impulso de las agudas brisas, procedentes del mar Glacial.

Durante el trayecto del fuerte Selkirk al fuerte Youkon, la caza fué bastante productiva, y no hubo necesidad de tocar á las reservas para la alimentación cotidiana. Había tantas liebres como se quería, y en realidad los convidados se iban cansando de ellas. Es verdad que hubieran podido alternar con guisados de ocas y patos salvajes, sin contar con los huevos de estos volátiles, que Sandre y Napoleona sacaban diestramente de los nidos. Y Cornelia sabía preparar los huevos de tantas maneras—tenía su orgullo en esto,— que siempre los presentaba de distinto modo.

—¡He aquí un país en que se vive á gusto! exclamó un día Clou de Girofle acabando de roer un soberbio caparazón de oca. ¡Es una lástima que no esté situado en el centro de Europa ó de América!

—Si estuviese en el centro de países habitados, respondió M. Serge, es probable que la caza no fuera tan abundante.

—A menos que... replicó Clou.

Una mirada de su patrón le hizo callar, y le ahorró la tontería que seguramente iba á decir.

Si la llanura era abundante en caza, hay que notar también que los *creeks*, los ríos tributarios del Youkon, suministraban excelentes peces, que Sandre y Clou cogían sin trabajo, sobre todo sollos magníficos. No tenían más que el trabajo, ó más bien el placer de entregarse á la pesca, sin tener que gastar nunca ni un sueldo, ni un centavo.

¡El gasto! ¿Qué le importaba el gasto al joven Sandre? ¿No estaba asegurado, gracias á él, el porvenir de los Cascabeles? ¿No poseía su famosa pepita? ¿No había ocultado en un rincón del coche, que él solo conocía, el precioso pedrusco encontrado en el valle del Caribou? ¡Sí! Y hasta entonces el pilluelo había sido bastante dueño de sí para no decir nada, esperando con paciencia el día en que pudiera transformar su pepita en buena moneda de oro! ¿Qué gusto entonces, hacer gala de su riqueza! ¡No! ¡Gran Dios, hubiera sido un egoísta al pensar en guardarlo para sí! Lo destinaba á su padre, á su madre, y he

aquí una fortuna que reparaba sobradamente el robo cometido en los pasos de Sierra Nevada.

Cuando la *Belle-Roulotte* llegó al fuerte Youkon, después de una serie de rápidas jornadas, todos sus huéspedes estaban verdaderamente fatigados. Se decidió que el descanso en este lugar duraría una semana.

—Podéis hacerlo tanto mejor, hizo observar M. Serge, cuanto que el fuerte no está más que á doscientas leguas de Port-Clarence. Hoy no estamos más que á 27 de Julio, y hasta dentro de dos meses, quizá tres, no será posible atravesar el Estrecho sobre el hielo.

—Comprendido, respondió M. Cascabel; y puesto que tenemos tiempo... ¡alto!

Esta decisión fué recibida con la misma satisfacción por el personal de dos pies de la *Belle-Roulotte*, como por el de cuatro patas.

La fundación del fuerte Youkon tuvo lugar en el año 1847. Este puesto, el más alejado hacia el Oeste de todos los que posee la Compañía de la bahía de Hudson, está situado casi en el límite del Circulo polar. Pero como se encuentra en territorio alaskiano, esta Compañía paga una indemnización anual á su rival la Compañía ruso-americana.

En 1864 se comenzaron las construcciones actuales, que están rodeadas por una empalizada, y acababan de terminarse cuando la familia Cascabel llegó al fuerte Youkon con intención de permanecer en él algunos días.

Los agentes le ofrecieron espontáneamente hospitalidad en el recinto del fuerte. No faltaba sitio ni en los patios ni bajo techado; pero M. Cascabel les dió las gracias con frases ampulosas y muy cumplidas; prefería no dejar su cómodo carruaje.

En realidad, si la guarnición del fuerte no comprendía más que una veintena de agentes, americanos la mayor parte, con algunos indios á su servicio, los indígenas se contaban por centenares en los alrededores de Youkon.

En efecto: en este punto central de Alaska es donde se mantiene con más actividad el tráfico de peleterías y de pieles. Allí se aglomeran las diversas tribus de la provincia, los *Kotch-a-Koutchins*, los An-

koutchins, los Tatanchoks, los Tananas y principalmente los indios que forman la nación más importante de la comarca, los Co-Youkons, limítrofes del gran río.

La situación del fuerte es muy ventajosa para el cambio de las mercancías, puesto que se eleva en el ángulo que forma el Youkon con el confluente de la Porcupine. Allí el río se subdivide en cinco canales, que permiten á los traficantes penetrar más fácilmente en el interior del territorio y comerciar con los Esquimales por la corriente del Mac-kenzie.

Así es que esta red líquida está cubierta de embarcaciones, que la bajan ó la suben, sobre todo los llamados *baidarres*, especie de esquifes ligeros de piel barnizada, cuyas costuras se engrasan para hacerlas más impermeables.

En estos frágiles barcos los indios se aventuran en trayectos considerables, no impidiéndoles, por otra parte, transportarlas á hombros cuando alguna corriente rápida ó alguna barrera viene á oponer un obstáculo para la navegación.

Estas embarcaciones no pueden servir más que tres meses, á lo sumo. Durante el resto del año, las aguas están aprisionadas bajo una espesa capa de hielo. Entonces la *baidarre* cambia de nombre y se la llama trineo. Este vehículo, cuya punta, encorvada como la proa de una embarcación, por medio de correas de piel de danta, está tirado por perros ó renos, se dirige fácilmente, y se mueve con la mayor rapidez. Los viajeros, con sus largos patines en los pies, se mueven más de prisa todavía.

¡Siempre afortunado César Cascabel! Había llegado muy á propósito al fuerte Youkon, puesto que el mercado de peleterías se encontraba en aquella época en todo su apogeo. Por lo tanto, varios centenares de indios habían acampado en los alrededores de la factoría.

—¡Que el diablo nos lleve, gritó, si no nos aprovechamos! ¡Es una verdadera feria, y no olvidemos que somos artistas ambulantes! ¡Ahora mejor que nunca es la ocasión de demostrar nuestra aptitud para estos trabajos!... ¿Veis en ello algún inconveniente, Sr. Serge?

—Ninguno, amigo mío, respondió monsieur Serge; pero dudo que podáis tener buenas entradas.

—¡Bah! Cubrirán siempre 'nuestros gastos, puesto que no tenemos ninguno.

—Nada más justo, replicó M. Serge. Sin embargo, ¿de qué manera esperaréis que os paguen estos bravos indígenas su asiento, puesto que no tienen moneda americana ni moneda rusa?

—¡Pues bien! ¡Pagarán con pieles de ratas de almizcle, con pieles de castores; en fin, con lo que puedan! De cualquier modo que sea, estas representaciones tendrán por objeto principal el estirar un poco nuestros músculos, porque temo que nuestras articulaciones vayan á perder su elasticidad. Debemos sostener nuestra reputación en Perm, en Nidji, y no quiero exponer á mi compañía á un fiasco cuando *debute* en vuestra tierra natal... No sobreviviría, señor Serge. ¡No sobreviviría!

El fuerte Youkon, que es el más importante de la región, ocupa un lugar bastante extenso sobre la ribera derecha del río. Es una especie de cuadrilátero prolongado, dominado en cada ángulo por una torre cuadrada, bastante semejante á esos molinos montados sobre un eje que se encuentran en el Norte de Europa. En el interior se levantan diversas construcciones, reservadas para el alojamiento de los empleados de la Compañía y sus familias; después, dos largos cobertizos cerrados, donde las pieles forman un *stock* (1) considerable, siendo éstas de martas, castores, zorros negros ó grises de plata, sin contar los productos de menor cuantía.

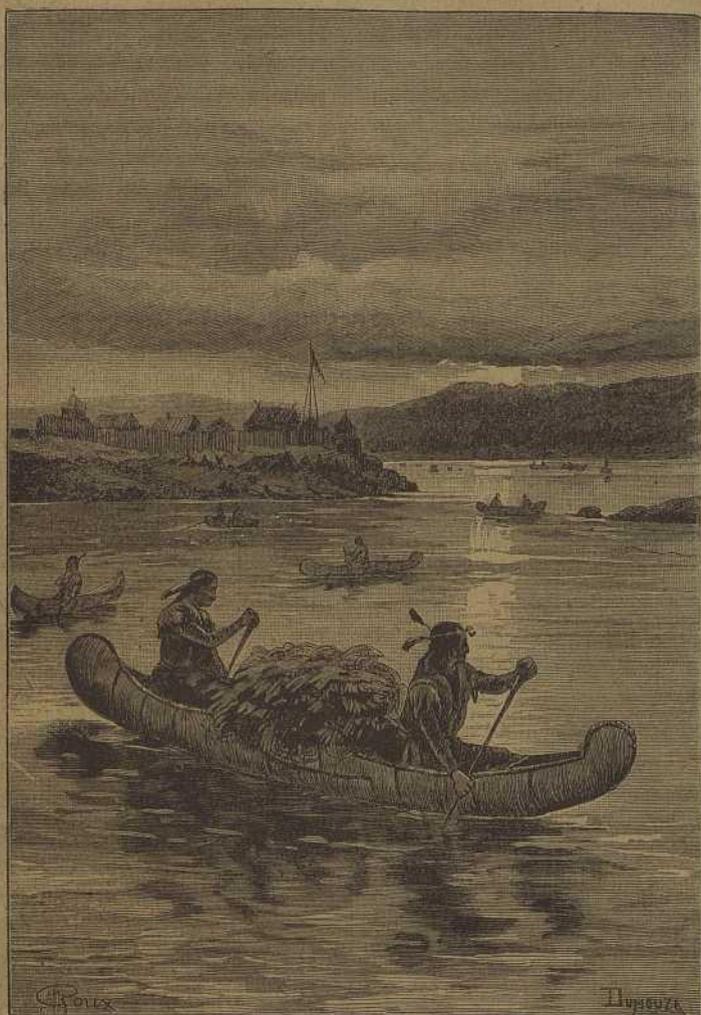
¡Vida monótona y penosa la de estos *empleados*! Su único alimento es ordinariamente la carne de danta, tostada á la parrilla, cocida ó guisada, y á veces la carne de reno.

En cuanto á los géneros de otra especie, es necesario traerlos de la factoría de York, en la región de la bahía de Hudson, es decir, de seiscientas á setecientas leguas; de donde se deduce que las arribadas son bastante raras.

Por la tarde, después de haber instalado su campamento, M. Cascabel y su familia fueron á visitar á los indígenas establecidos entre las riberas del Youkon y de la Porcupine.

¡Qué variedad en aquellas habitaciones provisionales, según la tribu á que pertenecían! Chozas de corteza y de pieles sos-

(1) Montón.



En estos ligeros esquites los indios atraviesan grandes distancias.

tenidas por estacas y cubiertas de una capa de follaje; tiendas hechas con terliz de algodón de fabricación indiana; barracas de tablas, que se arman y desarman según las necesidades del momento.

Y también, ¡qué extraordinaria variedad de trajes! Los unos con vestidos de piel, otros con vestidos de tela de algodón, todos con la cabeza coronada de follaje, para preservarse de las picaduras de los mosquitos. Las mujeres, vestidas con una falda cuadrada por abajo, tenían la cara adornada de conchas.

En cuanto á los hombres, llevan alfileres pequeños, que sirven, durante el invierno, para recoger su largo traje de piel de danta, cuyo pelo está vuelto al interior. Además, los dos sexos llevan como

adorno franjas de perlas falsas, que son únicamente apreciadas por su gran tamaño. Entre estas diversas tribus se distinguen los Tananas, por su cara pintada de colores brillantes, las plumas de sus peinados, sus penachos guarnecidos de pedazos de arcilla roja, su chaqueta de cuero, su pantalón de piel de reno, su largo fusil de chispa y su frasco de pólvora, esculpido con extremada delicadeza.

En cuanto á moneda, estos indios se sirven de conchas de *dentalium*, que se encuentran hasta entre los indígenas del archipiélago de Vancouver; las suspenden del cartilago de su nariz y las quitan cuando quieren pagar alguna adquisición.

—He aquí un portamonedas economi-

co, dijo Cornelia, y estoy segura de que no le perderán...

—¡A menos que se les caiga la nariz! replicó justamente Clou de Girofle.

—¡Lo que podría muy bien suceder durante los grandes fríos del invierno! respondió M. Cascabel.

En suma, todo este conjunto de indignas ofrecía un aspecto curioso.

No hay para qué decir que M. Cascabel entró en relaciones con varios de aquellos indios, cuyo dialecto *chinouk* comprendía algo, mientras que M. Serge les preguntaba y les respondía en lenguaje ruso.

Durante varios días se hizo un comercio muy activo entre los traficantes y los representantes de la Compañía; pero hasta entonces los Cascabel no habían utilizado su talento en una representación pública.

Sin embargo, los indios no tardaron en saber que esta familia era de origen francés, que sus diversos miembros gozaban de gran reputación, tanto en los ejercicios de fuerza como en los juegos de manos. Todas las tardes iban en gran número á admirar la *Belle-Roulotte*. Jamás habían visto coche semejante, tan brillantemente pintarrajeado. Les gustaba, sobre todo, porque con la mayor facilidad podía cambiar de sitio, lo que debía interesar particularmente á los nómadas. Y quizá, en el porvenir, no debería extrañarse ver marchar sobre ruedas á las chozas de los indios. ¡Después de las casas móviles, los pueblos ambulantes!

En estas circunstancias se imponía á los recién llegados una representación extraordinaria. Por tanto, se decidió que esta representación se daría «á petición general de los indios del fuerte Youkon.»

Uno de los indígenas, con quien M. Cascabel había intimado desde los primeros días de su llegada, era un *tyhi*, es decir, un jefe de tribu. Era un hombre agradable; de cincuenta años de edad, y que parecía muy inteligente y hasta algo truhán. Había visitado varias veces la *Belle-Roulotte* y hecho comprender cuán felices serían los indígenas asistiendo á los ejercicios de la familia.

A este *tyhi* acompañaba á veces un indio, de treinta años, llamado Fir-Fu, indígena de tipo gracioso y fino, que era

el mago de la tribu, un *jongleur* notable y conocido en toda la provincia del Youkon.

—¿Es, por tanto, un compañero? respondió M. Cascabel cuando el *tyhi* se le presentó por primera vez.

Y los tres, después de haber bebido algunos licores del país, fumaron la pipa de la amistad.

Durante estas entrevistas, el *tyhi* había insistido vivamente para que M. Cascabel diera una representación, que se fijó en definitiva para el 3 de Agosto. Se había convenido que los indios prestarían su ayuda, deseosos de no mostrarse inferior á los europeos en fuerza, destreza y agilidad.

Esto no era de extrañar, pues tanto en el Far-West como en la provincia alaskiana, los indios son muy aficionados á las diversiones de gimnasia y acrobacia, que mezclan con farsas y mascaradas en las que realmente sobresalen.

En la fecha indicada, cuando se hubo reunido numeroso concurso, pudo verse un grupo compuesto de media docena de indígenas, cuyo rostro estaba cubierto por una ancha careta de madera de incomparable fealdad. De la misma manera que las «cabezas gordas» de las comedias de magia, la boca y los ojos de estas caretas se ponían en movimiento por medio de bramanes, lo que daba la ilusión de la vida á estas horribles caras, la mayor parte terminadas en pico de pájaro. Dificilmente se imaginará á qué grado de perfección pueden llegar en sus muecas, y el mono John-Bull hubiera podido tomar allí buenas lecciones.

No hay para qué decir que los esposos Cascabel, Juan, Sandre, Napoleón y Clou de Girofle se habían puesto los trajes foráneos de reglamento.

El lugar escogido era una extensa pradera rodeada de árboles, de la que la *Belle-Roulotte* ocupaba el fondo, como en una decoración de teatro. Habían sido colocados delante de ella los agentes del fuerte Youkon con sus mujeres é hijos. A los lados, varios centenares de indios y de indias formaban un semicírculo y fumaban esperando la hora de la representación.

Los indios enmascarados que debían tomar parte en los ejercicios estaban un poco alejados.

Llegado el momento, Clou apareció sobre la plataforma del vehículo, y pronunció su discurso acostumbrado:

—«Señores indios y señoras indias, vais á ver lo que vais á ver,» etc., etc.

Pero como no hablaba el lenguaje *chinois*, era más que probable que sus discursos elocuentes no fueran saboreados por los espectadores.

Sin embargo, lo que se comprendió fueron los tantarantanes tradicionales que le administró su patrón, y los puntapiés que siempre recibía en el sitio convenido, con la resignación de un clown ajustado con este objeto.

Después, cuando concluyó el prólogo:

—¡Ahora toca á los animales! dijo monsieur Cascabel después de haber saludado á los asistentes.

Los perros Wagram y Marengo se presentaron en el espacio reservado delante de la *Belle-Roulotte* y maravillaron á los indígenas, poco acostumbrados á estos ejercicios, que ponen en relieve la inteligencia de los animales. Después, cuando John-Bull vino á ejecutar sus volteretas sobre la espalda del perro de aguas y del faldero, lo hizo con tal destreza y con tan ridículas posturas, que dió al traste con la gravedad india.

Mientras tanto, Sandre no dejaba de tocar el cornetín á plenos pulmones, Cornelia el tambor, Clou el bombo. Si después de esto los alaskianos no sabían apreciar el efecto que puede sacarse de una orquesta europea, sería porque les faltase el sentido músico.

Hasta entonces, el grupo enmascarado no había hecho el menor movimiento; no juzgando, sin duda, llegado el momento de aparecer en escena, se reservaba.

—¡Mademoiselle Napoleona, bailarina en la alta cuerda! gritó Clou á través de un portavoz.

Y la muchacha, presentada por su ilustre padre, hizo su entrada ante el público.

Danzó primero con una gracia que la valió numerosos aplausos, que no se tradujeron por gritos ó choque de las manos, sino por simples movimientos de cabeza, no menos significativos. Sucedió lo mismo cuando se la vió lanzarse sobre la cuerda tirante, marchar, correr, voltear con una facilidad que fué particularmente admirada por los indios.

—¡A mi vez! gritó el joven Sandre.

Y he aquí que viene, saluda golpeándose la nuca, se mueve, se tuerce, se disloca, se contorsiona, se deshace en torceduras y volteretas, haciendo de sus brazos piernas, y de sus piernas brazos, unas veces el lagarto, otras la rana, y acabando sus ejercicios por el doble salto mortal.

Esta vez, como siempre, tuvo su éxito ordinario. Pero apenas había dado las gracias á los espectadores bajando su cabeza hasta sus pies, cuando un indio de su edad, destacándose del grupo, se presentó después de haber levantado su careta.

Y todo el trabajo que acababa de ejecutar Sandre, el joven indígena lo ejecutó con una flexibilidad de espina, una seguridad de movimientos que no dejaban nada que desear en el arte de la acrobacia. Si era menos gracioso que el segundo hijo de los Cascabeles, no era menos diestro. Provocó también entre los indígenas los movimientos de cabeza más entusiastas.

No hay para qué decir que el personal de la *Belle-Roulotte* tuvo el buen gusto de unir sus aplausos á los del público. Pero no queriendo quedarse atrás, M. Cascabel hizo señas á Juan de empezar sus suertes de *jongleur*, para las que le creía sin igual.

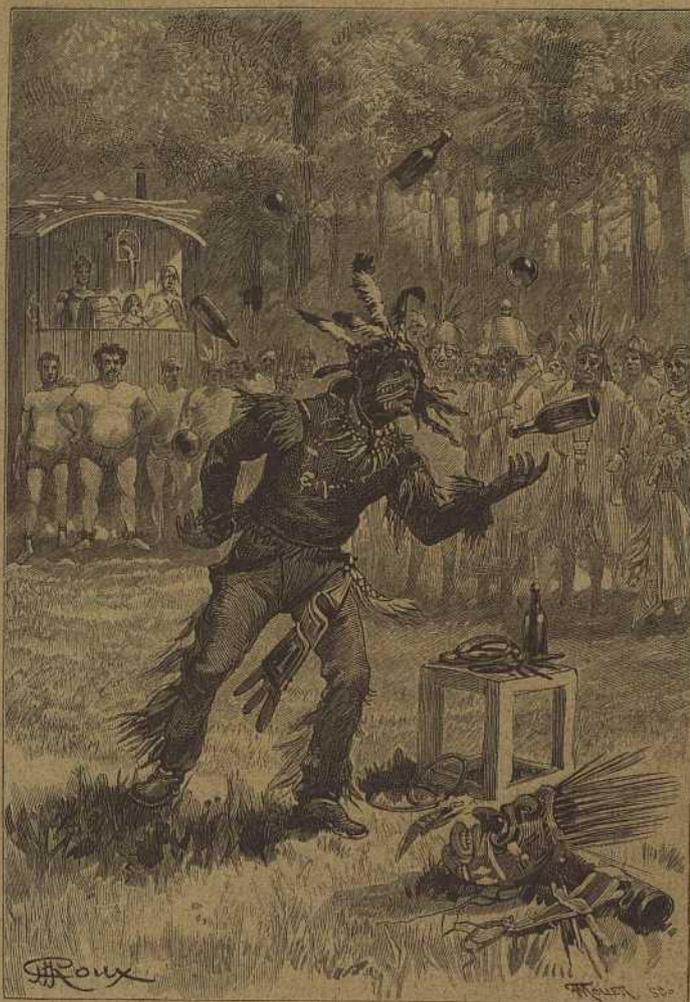
Juan sintió que él era el llamado á sostener el honor de la familia.

Envalentonado por un gesto de M. Serge y por una sonrisa de Kayette, tomó sucesivamente sus botellas, sus platos, sus bolas, cuchillos, discos, bastones, y se puede decir que se excedió á sí mismo en sus ejercicios. M. Cascabel no pudo menos de arrojar sobre los indios una mirada de satisfacción, en la que se traslucía como una especie de desafío. Parecía decir, volviéndose hacia el grupo enmascarado:

—Y bien, ¿hacéis vosotros otro tanto?

Esto fué comprendido sin duda, porque á un gesto del *tyhi*, otro indio, desenmascarándose, se lanzó fuera del grupo.

Era el mago Fir-Fu; también tenía que sostener la reputación de la raza indígena. Y entonces, cogiendo uno por uno todos los utensilios de que Juan se había servido, repitió también los ejercicios de su rival, cruzando los cuchillos y las botellas, los discos y los anillos, las bolas



¡Repitió uno por uno los ejercicios de su rival.

y los bastones, y, fuerza es confesarlo, lo hizo con la misma elegancia de actitudes y seguridad de manos que Juan Cascabel.

Clou, acostumbrado á no admirar más que á su patrón y su familia, estaba absorto «abriendo unos ojos como gateras y haciendo sus orejas tan grandes como su sombrero.»

Esta vez M. Cascabel no aplaudió más que por delicadeza, y con la punta de los dedos.

—¡Diantre! murmuró. Trabajan bien los *Pieles Rojas*... Vea usted: gentes sin educación... Pues bien: vamos á enseñarles algo...

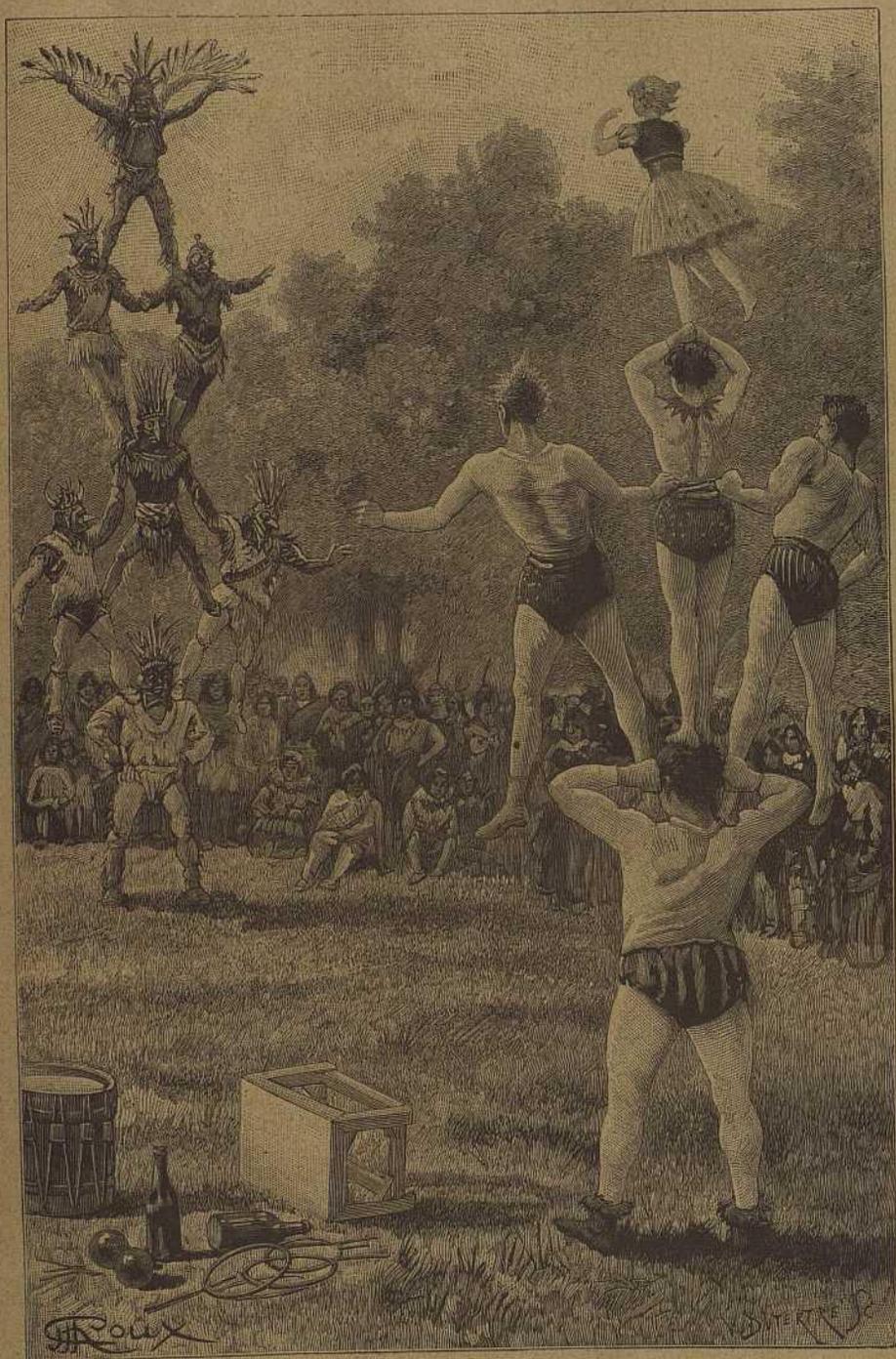
Lo cierto es que estaba muy descontento por haber encontrado concurrentes don-

de no creía hallar sino admiradores. ¡Y qué concurrentes! Simples indígenas de Alaska, como si dijéramos... ¡salvajes! Su amor propio de artista se hallaba singularmente contrariado.

—¡Qué diablo! O es uno saltimbanqui ó no lo es. ¡Vamos, muchachos, gritó con voz potente, á la pirámide humana!

Y todos se precipitaron hacia él como para un asalto.

Sólidamente plantado sobre sus piernas separadas, con los riñones salientes, el torso ampliamente desarrollado, recibió sobre su hombro derecho á Juan, que se había izado ágilmente, dando la mano á Clou, de pie sobre el hombro izquierdo. A su vez Sandre se colocó derecho sobre su cabeza, y encima de él Napoleona corona-



PIRÂMIDE CONTRA PIRÂMIDE

ba el edificio, arqueando los brazos para enviar sus besos á la multitud.

Apenas acabó de construirse la pirámide francesa, cuando otra, la pirámide indígena, se levantó enfrente de ella.

Sin quitarse las caretas, el grupo de indios, trepando con sorprendente agilidad los unos sobre los otros, construyó la suya, no ya con cinco, sino con siete escalones, dominando en un piso á la familia Cascabel. ¡Pirámide contra pirámide!

Entonces los gritos y los ¡hurra! de los indios estallaron en honor de sus tribus.

La vieja Europa estaba vencida por la joven América: ¡y qué América! ¡La de los Youkons, los Tananas y los Tatanchoks!

M. Cascabel, avergonzado y confuso, no pudo contener un falso movimiento, que estuvo á punto de derribar á su familia.

—¡Ah! ¿Véis eso? dijo después de haberse desembarazado de aquella carga humana.

—Calmáos, amigo mío, le dijo M. Serge. Esto no vale la pena de...

—¿Que no vale la pena?... ¡Veó que no sois artista, señor Serge!

Volviéndose entonces á su mujer:

—¡Vamos, Cornelia, á la lucha, al pugilato! exclamó. ¡Veamos cuál de estos salvajes se atreve á medir sus fuerzas con la «vencedora de Chicago!»

Mad. Cascabel no se movió.

—¿Y bien, Cornelia...?

—¡No, César!

—¿No quieres luchar con estos monos y levantar el honor de la familia?

—Le levantaré, se contentó con responder Cornelia. Déjame... Tengo mi idea.

Y cuando esta valiente mujer tenía una idea, valía más dejar que la pusiese en ejecución sin molestarla.

Se encontraba tan humillada como su marido por el éxito de los indios, y era probable que les reservara algún chasco de su invención.

En efecto: Cornelia había vuelto á la *Belle-Roulotte*, dejando impaciente á su esposo, por mucha confianza que éste tuviera en la inteligencia é imaginación de su esposa.

Dos minutos después, Mad. Cascabel reapareció, y fué á colocarse ante el grupo de indios formado á su alrededor.

Dirigiéndose después al agente princi-

pal del fuerte, le rogó que repitiese á los indígenas lo que iba á decirle.

Y he aquí lo que tradujo, palabra por palabra, en el puro lenguaje de la provincia alaskiana:

«Indios é indias: habéis demostrado en estos ejercicios de fuerza y de destreza un talento que merece recompensa, y esta recompensa yo os la traigo...»

Silencio general y viva atención entre los espectadores.

«¿Véis mis manos? repuso Cornelia. Han sido más de una vez estrechadas por los más augustos personajes del antiguo mundo. ¿Véis mis mejillas? Han recibido muchas veces los besos de los más poderosos soberanos de Europa. Pues bien: estas manos, estas mejillas os pertenecen... ¡Indios de la América, venid á besarlas, venid á estrecharlas!»

Y, con efecto, los indígenas no pensaron en hacerse rogar. Jamás encontrarían una ocasión semejante para besar las manos de una tan soberbia mujer.

Uno de ellos, un hermoso tanana, se adelantó y cogió la mano que le tendía Cornelia.

Un grito se escapó de su garganta, á consecuencia de una sacudida que le hizo retorcerse en mil contorsiones.

—¡Ah, Cornelia! exclamó M. Cascabel. ¡Te comprendo y te admiro!

Al mismo tiempo, M. Serge, Juan, Sandre, Napoleona y Clou se desternillaban de risa, viendo el espanto que causaba á los indígenas aquella mujer extraordinaria.

—¡Otro! dijo con los brazos extendidos siempre hacia la concurrencia. ¡Otro!

Los indios vacilaban, creyendo que se había producido allí algún fenómeno sobrenatural.

Sin embargo, el *tyhi* se decidió, marchó lentamente hacia Cornelia, se paró á dos pasos de su imponente persona, y la miró con un aire que no tenía nada de tranquilo.

—¡Vamos, viejo mío! le gritó M. Cascabel. Vamos, un poco de valor... Abraza á la señora. ¡No es muy difícil, y es bastante agradable!

El *tyhi*, alargando la mano, se contentó con tocar un dedo de la bella europea.

Nueva sacudida, nuevos aullidos del *tyhi*, que estuvo á punto de caer de espal-

das, y profundo estupor en todo el público.

Si con sólo tocar la mano de Mad. Cascabel quedaban de tal manera maltratados, ¿qué sucedería al audaz que se atreviese á abrazar á aquella admirable mujer, cuyas mejillas habían recibido los besos de los más poderosos soberanos de Europa?

Sin embargo, aún hubo un atrevido que decidió arriesgarse: el mágico Fir-Fu.

Creyéndose al abrigo de todo maleficio, se adelantó hasta colocarse enfrente de Cornelia, dió media vuelta á su alrededor, y envalentonado por las excitaciones de los indígenas, dió un salto, la tomó en sus brazos, y la aplicó un formidable beso en pleno rostro.

A este contacto siguió una serie de volteretas increíbles. ¡El *jongleur* se convirtió en acróbata! Y después de haber dado dos saltos tan mortales como involuntarios, fué rodando hasta el centro del grupo de sus estupefactos compañeros.

Para producir este efecto, tanto sobre el mágico como sobre los demás, Cornelia no había tenido más que apretar el botón de una pila pequeña que llevaba oculta en su bolsillo. ¡Si... una pequeña pila portátil, que la servía para representar «las mujeres eléctricas!»

—¡Ah, esposa, esposa mía!... exclamó M. Cascabel estrechándola impunemente entre sus brazos, delante de los indios sorprendidos. ¡Qué astuta, qué astuta eres!

—Tan astuta como eléctrica, añadió M. Serge.

La verdad es que aquellos indígenas no podían pensar otra cosa sino que aquella mujer sobrenatural disponía del rayo á su capricho. ¿Cómo, si no, verse anonadados sólo con tocar su mano?

Decididamente, no podía ser más que la compañera del Gran Espíritu, que se había dignado bajar á la tierra para casarse en segundas nupcias con M. Cascabel.

V

DEL FUERTE YOKON Á PORT-CLARENCE

Aquella noche, en una conversación á la que asistió toda la familia, quedó decidido que la partida tendría lugar dos días después de tan memorable representación.

Evidentemente—éste era el objeto de las juiciosas reflexiones de M. Cascabel—si hubiera tenido necesidad de reclutar algunas partes para su compañía, bastaba echar mano de los primeros que se presentasen entre aquellos indígenas de Alaska, sin preocuparse por su elección.

Por más que sufriese su amor propio, era preciso reconocer que aquellos indios tenían maravillosas disposiciones para los ejercicios acrobáticos.

Gimnastas, clowns, equilibristas, volatineros, habrían obtenido gran éxito en cualquier país en que se presentasen.

Sin duda, el trabajo entraba por mucho en su talento; pero la naturaleza había hecho mucho más al crearlos vigorosos, flexibles y diestros.

Negar que se habían mostrado iguales á los Cascabeles, hubiera sido injusto.

Felizmente, la última palabra había sido pronunciada por la familia, gracias á la presencia de ánimo de la *reina de las mujeres eléctricas*.

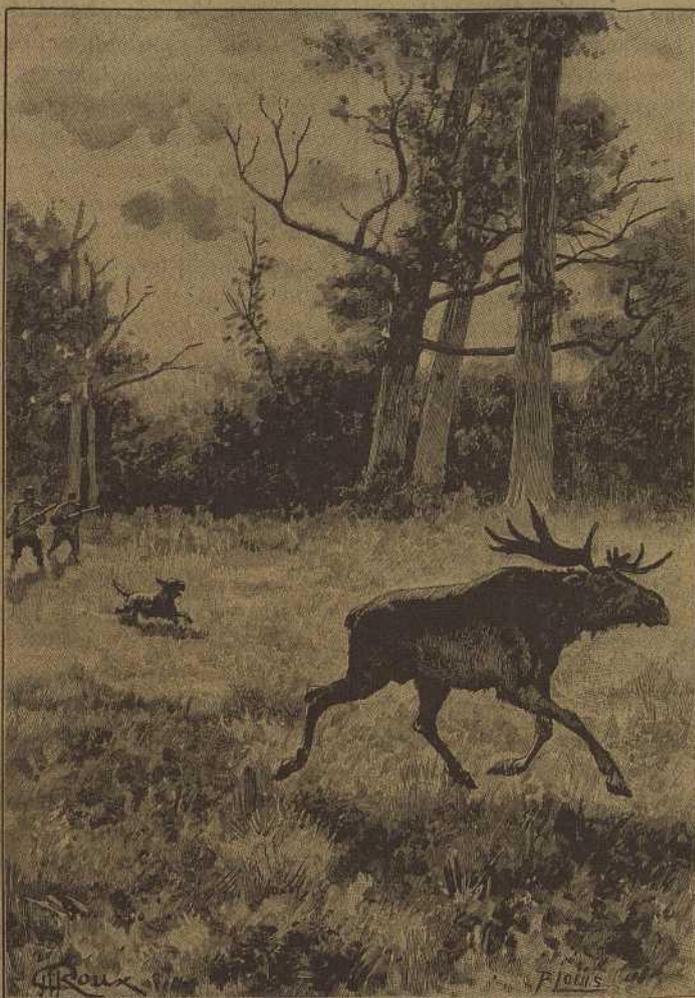
Hay que confesar que los empleados del fuerte, pobres diablos, en su mayoría muy ignorantes, habían quedado no menos sorprendidos que los indígenas de lo que había sucedido delante de ellos.

Se convino en que no se les revelaría el secreto de este fenómeno, á fin de conservar á Cornelia toda su aureola. Siguióse de aquí que, al venir al día siguiente, como de costumbre, á visitarlos, no se atrevían á acercarse mucho á la fulminante mujer, que los recibía con su más encantadora sonrisa. No sin grandes vacilaciones se atrevieron á estrechar su mano, sucediendo lo mismo con el *tyhi* y el mago, que hubieran querido conocer aquel misterio, del que habrían podido sacar un gran provecho, aumentando fabulosamente su prestigio entre aquellas tribus indias.

Terminados los preparativos de marcha, M. Cascabel y los suyos se despidieron de sus huéspedes en la mañana del 6 de Agosto, y los caballos, bien reposados, siguieron la dirección del Oeste, descendiendo la orilla derecha del río.

M. Serge y Juan habían estudiado cuidadosamente la carta, aprovechando las indicaciones especiales de la joven india.

Kayette conocía la mayor parte de los pueblecillos que tenían que atravesar, y



M. Serge y Juan no descuidaban la caza.

según ella ninguna corriente entorpecería seriamente la marcha de la *Belle-Roulotte*.

Además, no se trataba todavía de abandonar el valle de Youkon. Después de haber seguido la orilla del río hasta el puesto de Nelu, se pasaría por el pueblecillo de Nuclakayette, y desde este punto hasta el fuerte Noulato, sólo tendrían que franquear unas ochenta leguas.

El vehículo abandonaría entonces el Youkon, á fin de cortar directamente hacia el Oeste.

La estación era aún favorable, los días cálidos, si bien durante la noche podía observarse un notable descenso en la temperatura.

De modo que, á menos de experimentar retrasos imprevistos, M. Cascabel tenía

la seguridad de llegar á Port-Clarence antes que el invierno hubiese acumulado obstáculos insuperables en su camino.

Tal vez parezca extraño que un viaje semejante pudiera llevarse á cabo en condiciones relativamente tan fáciles. Pero ¿no sucede así siempre en los países llanos, cuando el buen tiempo, la duración del día y la dulzura del clima favorecen á los viajeros?

No acaecería lo mismo al otro lado del estrecho de Behring, cuando las estepas siberianas se extendiesen hasta el horizonte, cuando las nieves del invierno las cubriesen hasta más allá del alcance de la vista, y cuando las ráfagas se desencadenasen en su superficie. Y una noche, hablando de los peligros del porvenir:

—¡Bah! respondió el confiado Cascabel. ¡Ya sabremos salir de los malos pasos!

—Así lo espero, añadió M. Serge. Pero, cuando hayáis puesto el pie sobre el litoral siberiano, os recomiendo toméis inmediatamente la dirección del Sudoeste de la provincia, con el objeto de ganar los territorios más meridionales, en los que la *Belle-Roulotte* será menos castigada por el frío.

—Esa es precisamente nuestra intención, M. Serge, respondió Juan.

—Y tendréis tanta más razón, amigos míos, cuanto que los siberianos no son de temer, á menos... como diría Clou, que no os aventuréis entre las tribus de la costa septentrional. En realidad, vuestro mayor enemigo será el frío.

—Estamos prevenidos, dijo M. Cascabel, y haremos un buen camino; sólo tendremos un pesar, M. Serge, y es el que no continúeis el viaje con nosotros.

—¡Sí, añadió Juan; un profundo pesar!

M. Serge sentía hasta qué punto aquella familia se había consagrado á él, y cuán grande era la amistad que él la tenía. En efecto: á medida que transcurrían los días en aquella intimidad, la afección era más estrecha entre ella y él.

La separación sería dolorosa: y ¿volverían á encontrarse acaso á través de una existencia tan diferente de una y otra parte?

Además, M. Serge se llevaría á Kayette, y había observado ya que la amistad de Juan para la joven podía muy bien tener otro nombre.

¿Había notado M. Cascabel lo que pasaba en el corazón de su hijo? M. Serge no hubiera podido asegurarlo.

En cuanto á Cornelia, como la excelente mujer no se había explicado jamás sobre este punto, él creyó que debía mantenerse en la misma reserva.

¿De qué hubiera servido una explicación?

Era un porvenir muy distinto el que esperaba á la hija adoptiva de M. Serge, y el pobre Juan se abandonaba á esperanzas que no podrían realizarse.

En resumen: el viaje se hacía sin grandes obstáculos, sin demasiadas fatigas. Se llegaría á Port-Clarence antes que el invierno hubiese solidificado el estrecho de Behring, y allí habría tiempo de descan-

sar durante semanas enteras; de manera que ninguna necesidad había de fatigar á las gentes ni á los caballos.

Sin embargo, siempre se está á merced de un accidente posible. Uno de los caballos, herido ó enfermo, la rotura de una rueda, hubieran puesto á la *Belle-Roulotte* en un embarazo real.

Convenía, pues, no separarse de la más estricta prudencia.

Durante los tres primeros días, el itinerario siguió rigurosamente el curso del río, que se dirigía hacia el Oeste; pero cuando el Youkon empezó á torcerse hacia el Sur, juzgóse conveniente mantenerse en la línea marcada por el 65° paralelo (1).

En este punto el río era muy sinuoso, y el valle se estrechaba visiblemente entre colinas de mediana altura, que la carta designa con el nombre de *remparts* (2), á causa de su forma á modo de fortificación.

Hubo alguna dificultad para salir de aquel dédalo, y se adoptaron muchas precauciones para evitar al vehículo un accidente.

Se le descargaba en parte en los pasos peligrosos, se empujaban las ruedas, y según decía M. Cascabel, debía hacerse todo aquello «por cuanto los carreteros parecían ser muy raros en el país.»

Hubo también necesidad de franquear algunos *creaks*, entre otros el Nocolocargout, el Shetehaut, el Klakencot. Felizmente, en aquella estación las corrientes eran poco profundas, y no fué difícil encontrar vados practicables.

En cuanto á indios, pocos ó ninguno en aquella parte de la provincia, en otro tiempo recorrida por tribus pertenecientes á las gentes del Centro, tribus ahora casi extinguidas.

De tiempo en tiempo pasaba una familia que se dirigía al litoral del Sudoeste para dedicarse á la pesca durante el otoño.

A veces venían algunos traficantes en sentido inverso, después de haber abandonado la embocadura del Youkon, y se dirigían hacia los diferentes puestos de la Compañía ruso-americana.

Miraban, no sin gran sorpresa, aquel carruaje de vivos colores y los huéspedes

(1) Latitud de Drontheim, en Noruega.

(2) Murallas.

que transportaba, y después de un saludo, continuaban su camino hacia el Este.

El 13 de Octubre la *Belle-Roulotte* llegó ante el pueblo de Nuclakayette, á ciento veinte leguas del fuerte Youkon. Este, en realidad, no es sino una factoría, en la que se hace el comercio de pieles, y que casi nunca traspasan los empleados moscovitas.

Partiendo de diferentes puntos de la Rusia asiática y del litoral alaskiano, se reúnen allí para hacer la competencia á los compradores de la Compañía de la bahía de Hudson.

Así es que Nuclakayette es un punto de concentración al que los indígenas transportan las peleterías que han podido recoger durante la estación del invierno.

Después de haberse separado del río á fin de evitar numerosos rodeos, M. Cascabel había vuelto á encontrarle á la altura de aquel pueblo pintorescamente situado en el centro de verdes colinas, sembradas de árboles.

Algunas chozas de madera se agrupaban alrededor de la empalizada que defendía el fuerte. Los arroyos murmuraban á través de la llanura cubierta de hierba.

Dos ó tres embarcaciones estaban ancladas cerca de la orilla del Youkon.

Todo aquel conjunto agradaba á la vista y convidaba al reposo.

En cuanto á los indios que frecuentaban los alrededores, eran Tananas, pertenecientes, según hemos ya dicho, al hermoso tipo indígena del Alaska septentrional.

Por seductor que fuese aquel sitio, la *Belle-Roulotte* no hizo alto más que veinticuatro horas. Esto pareció suficiente para los caballos, que por otra parte apenas estaban fatigados.

La intención de M. Cascabel era detenerse más tiempo en Noulato, fuerte bastante importante y mejor provisto de todo lo necesario, en donde habría lugar de hacer varias adquisiciones, en vista del viaje que iban á emprender á través de la Siberia.

Durante el camino, M. Serge y Juan, acompañados del joven Sandre, no descuidaban la caza. Ésta se componía de alces y renos, que corrían á través de las llanuras y se refagiaban al abrigo de los bosques, ó más bien de los bosquecillos de árboles sembrados sobre el territorio.

En los sitios pantanosos había ocas, becadas, gallinetas, patos salvajes, y hasta lograron derribar algunos pares de garzas, que suelen ser poco apreciadas como comestible.

Y sin embargo, según Kayette, la garza es un manjar muy estimado de los indios, sobre todo cuando no tienen otra cosa que comer. Hicieron un ensayo en el almuerzo del 13 de Agosto; pero, á pesar de todo el talento culinario de Cornelia, la carne pareció á todos dura y coriácea.

Sólo la aceptaron sin protesta Wagram y Marengo, que se regalaron con ella hasta el último hueso.

Verdad es que durante las épocas de escasez los indígenas se contentan con buhos, halcones y hasta martas; pero hay que convenir en que es porque no tienen remedio.

El 14 de Agosto, la *Belle-Roulotte* tuvo que deslizarse á través de las sinuosidades de una garganta estrecha entre colinas muy escarpadas, á lo largo del río. Aquella vez el paso era tan rudo, tan lleno de sacudidas, como si hubiese sido el lecho de un torrente, que, á pesar de todas las precauciones tomadas, se produjo un accidente.

Por fortuna, no fué una de las ruedas del coche la que se rompió, sino una de las varas. Al cabo de poco tiempo quedó hecha la reparación, bastando algunas cuerdas para poner las cosas en su primitivo estado.

Después de haber pasado de un lado del río el pueblo de Suquongilla, y del otro el de Newicargout, construido sobre el *creek* de este nombre, el camino se efectuó sin dificultad.

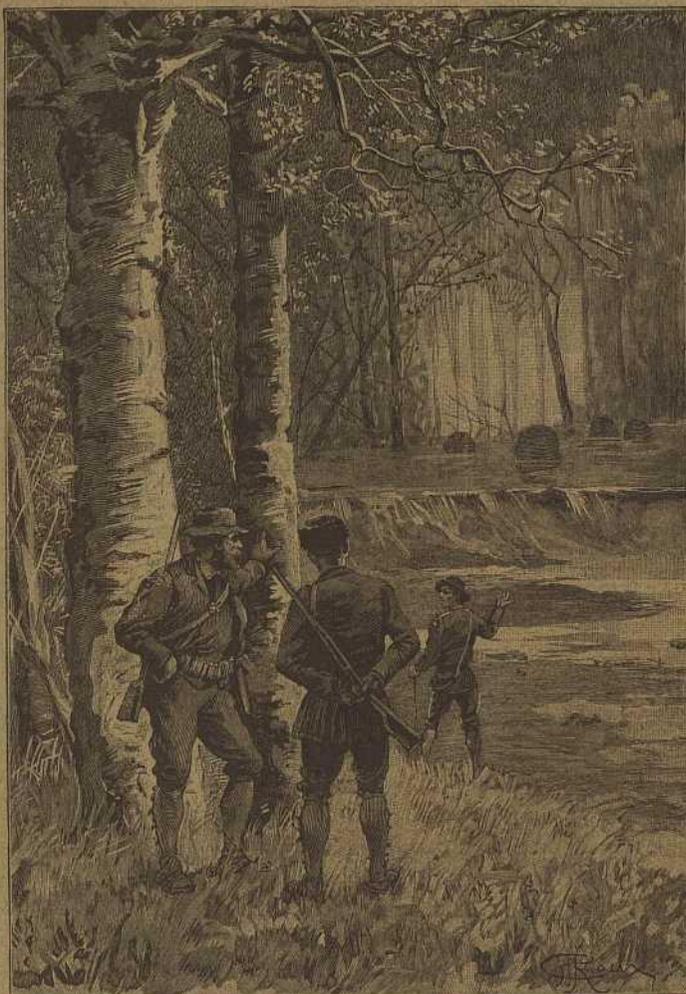
Las colinas desaparecieron; ancha llanura se extendía más allá del límite de la mirada.

Tres ó cuatro ríos la surcaban, con sus lechos enteramente secos en aquella estación, en que las lluvias son raras.

En el período de las tormentas y de las nieves hubiera sido imposible mantener en aquella dirección el itinerario.

Al atravesar uno de aquellos *creeks*, el Milocargout, donde apenas había un pie de agua, M. Cascabel hizo observar que estaba atajado por una calzada.

—¡Bah! dijo: puesto que han hecho un camino á través de este *creek*, bien hubie-



Tuvieron ocasión de admirar el trabajo de los castores.

ran podido hacer un puente; hubiese sido mucho más útil en las crecidas.

—Sin duda, padre, respondió Juan. Sólo que los ingenieros que han construído esta calzada no hubieran sido capaces de construir un puente...

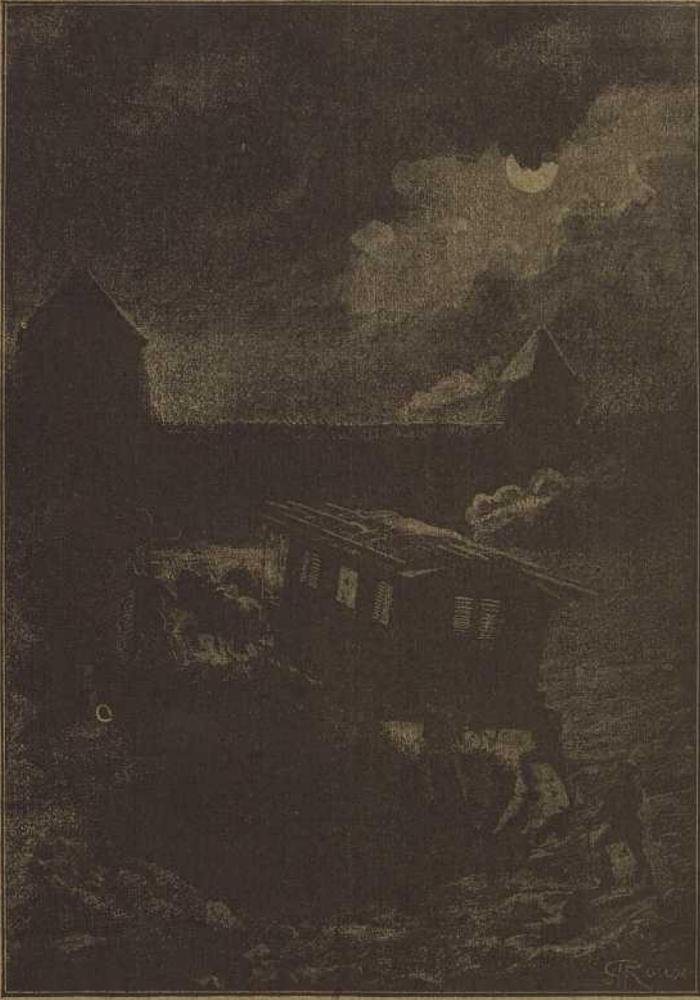
—¿Y por qué?

—Porque son ingenieros de cuatro patas; por otro nombre, castores.

Juan no se equivocaba, y tuvieron ocasión de admirar el trabajo de aquellos industriosos animales, que fabrican sus diques teniendo en cuenta la corriente, elevándole según el estiaje ordinario del *creek*. Nada había que no estuviese calculado; hasta la inclinación de los taludes para oponer mayor resistencia al empuje de las aguas.

—¡Y sin embargo, exclamó Sandra, estos castores no han ido á aprender á las escuelas!

—No tienen necesidad de ir, respondió M. Serge. ¿Para qué la ciencia, que se engaña algunas veces, cuando se dispone del instinto, que no se engaña jamás? Los castores, amigo mio, han hecho este dique, como las hormigas hacen sus hormigueros, como las arañas tejen sus telas, como las abejas disponen los alvéolos de sus panales; en fin, como los árboles y los arbustos producen sus frutos y sus flores. Nada de tanteos por su parte; pero tampoco nada de progreso. El castor de hoy construye con tanta perfección como el primer castor que apareció en el globo. La perfectibilidad no es propia de los anima-



La *Belle-Roulotte* llegó al fuerte Noulato.

les; está reservada al hombre, y él solo puede elevarse de progreso en progreso en el dominio de las artes, de la industria, de las ciencias. ¡Admiremos, pues, sin reserva el instinto maravilloso de los animales, que les permite crear tales cosas! Pero estas cosas no las consideremos sino como obras de la naturaleza.

—En efecto, Sr. Serge, dijo Juan; comprendo perfectamente vuestra observación. Ahí está la diferencia entre el instinto y la razón. En suma: la razón es superior al instinto, aunque esté sujeta á equivocaciones.

—Incontestable, amigo mío, respondió M. Serge; y estos errores, sucesivamente reconocidos y reparados, no son sino un adelanto por la vía del progreso.

—De todos modos, replicó Sandre, me atengo á lo dicho. ¡Las bestias no tienen necesidad de ir á la escuela!...

— Conforme; pero los hombres no son más que bestias cuando no han ido, respondió M. Serge.

— ¡Bien, bien! dijo Cornelia, siempre práctica cuando se trataba de las cosas de la casa. Esos castores, ¿se comen?

— Seguramente, respondió Kayette. Hasta recuerdo haber leído que la cola de ese animal es excelente.

Esto no pudo comprobarse, porque no había castores en el arroyo; ó si los había, no se pudo coger ninguno.

Después de haber abandonado el lecho del Milocargout, la *Belle-Roulotte* atravesó el pueblecillo de Sacherteloutain, en

pleno país de los indios Co-youkons. Por consejo de Kayette, hubo que tomar algunas precauciones en su trato con los indígenas, naturalmente inclinados al robo.

Como rodeaban el carruaje muy de cerca, se cuidó de que no pudiesen penetrar en el interior. Algunos objetos de vidrio, liberalmente ofrecidos á los principales jefes de la tribu, produjeron entre ellos agradable efecto, y salieron del paso sin molestias.

El itinerario se complicaba con ciertas dificultades, al rodear la estrecha base de los *rémarts*; pero no era posible evitarlos, sino aventurándose á través de una región más montañosa.

La rapidez de la marcha se resintió un poco, y, sin embargo, era preciso no retrasarse demasiado.

La temperatura comenzaba á ser bastante fría, si no por el día, á lo menos durante la noche; lo que era normal en aquella época, puesto que la región se encontraba á algunos grados tan sólo del Círculo polar.

La familia Cascabel había llegado entonces á un punto en que el río traza un ángulo bastante brusco, volviendo á dirigirse al Norte. Tuvieron que remontarle hasta el confluente del Co-youkon, que le envía sus aguas por dos brazos muy tortuosos. Cerca de una jornada invirtieron en encontrar un paso vadeable, que Kayette no reconoció sin trabajo, porque el nivel de la corriente estaba muy elevado.

Una vez flanqueado este afluente, la *Belle-Roulotte* volvió á tomar la dirección del Sur, bajando á través de una comarca bastante montuosa hasta el fuerte Noulato.

Este puesto, cuya importancia comercial es grande, pertenece á la Compañía ruso-americana.

Es la factoría más septentrional que se ha establecido en el Oeste de América, puesto que, según las observaciones de Federico Whimper, está situada á los 64° 42' de latitud y 155° 36' de longitud.

Y sin embargo, en aquella parte de la provincia alaskiana hubiera sido difícil creerse bajo un paralelo tan elevado. En efecto: el suelo es incontestablemente más fértil que en los alrededores del fuerte Youkon.

Por todas partes árboles de hermosa

presencia, praderas tapizadas de verde hierba, sin hablar de las vastas llanuras que el agricultor podría cultivar con gran provecho, porque un espeso *humus* recubre el suelo arcilloso. Además, el agua se extiende ampliamente, gracias á las derivaciones del río Noulato, que corre hacia el Sudoeste, y á la red de *creeks* ó arroyadas que se extiende hacia el Nordeste.

Sin embargo, la producción vegetal está reducida á algunos matorrales, cargados de bayas salvajes, abandonados al capricho de la naturaleza.

He aquí la disposición del fuerte Noulato: alrededor de los edificios, un circuito de empalizadas, defendido por dos torres, que está prohibido franquear á los indios durante la noche, y aun por el día, si son numerosos; en el interior del recinto, cabañas, cuadras, cobertizos y almacenes de tablas, con ventanas cuyos cristales eran reemplazados por vejigas de focas. Según se ve, nada había más rudimentario que aquellos puestos de la extrema América.

M. Cascabel y los suyos fueron acogidos con solicitud.

En estos sitios perdidos del Nuevo Continente, fuera de toda comunicación regular, ¿no es siempre una distracción, un verdadero motivo de placer la llegada de algunos visitantes? ¿No son siempre los bien venidos con las noticias que traen desde tan lejos?

El fuerte Noulato estaba habitado por una veintena de empleados de origen ruso y americano, que se pusieron á disposición de la familia para proporcionarla todo aquello de que tuviera necesidad.

Periódica y regularmente abastecidos por los cuidados de la Compañía, encuentran además recursos durante el buen tiempo, bien sea cazando el alce ó el reno, ó bien pescando en las aguas del Youkon. Abundan allí ciertos pescados, y más especialmente el *nalima*, reservado para la alimentación de los perros, pero cuyo hígado es muy apreciado por los que se mantienen con él habitualmente.

Los habitantes de Noulato quedaron sorprendidos cuando vieron llegar la *Belle-Roulotte*, y más aún cuando M. Cascabel les hizo conocer su proyecto de volver á Europa por la Siberia asiática.

¡No hay como los franceses para no dudar de nada!

En cuanto á la primera parte del viaje, que debía terminar en Port-Clarence, afirmaron que se llevaría á cabo sin obstáculos, y terminaría antes que las llanuras de Alaska fueran invadidas por los primeros fríos.

Siguiendo el consejo de M. Serge, se resolvió la adquisición de algunos objetos indispensables para la travesía de las estepas.

En primer lugar, había que proveerse de algunos pares de cierta clase de anteojos, necesarios cuando se deben franquear espacios blanqueados por la nieve.

Mediante algunos objetos de vidrio, los indios consintieron en vender una docena. No eran más que unos anteojos de madera, sin cristales, ó más bien unas ojeras que rodean el ojo, dejando pasar la mirada por una estrecha hendidura. Esto basta para dirigirse sin gran trabajo, evitando las oftalmías que provocaría inevitablemente la reverberación de las nieves.

Todo el personal ensayó estas ojeras, y pudo convencerse de que les sería fácil acostumbrarse á ellas.

El almacén de Noulato proporcionó varios pares de botas de piel de foca, de las que son más á propósito para los viajes largos sobre un suelo helado, y que se hacen impermeables por medio de una capa de grasa.

Lo que sirvió á M. Cascabel para hacer sentenciosamente esta justa observación:

—¡Hay siempre una gran ventaja en vestirse como los animales de los países por donde se pasa! Puesto que la Siberia es el país de las focas, disfracémonos de focas...

—¡De focas con anteojeras! respondió Sandre, cuya réplica obtuvo la aprobación paternal.

La familia permaneció dos días en el fuerte Noulato; dos días que bastaron para que el tiro se repusiera de sus anteriores fatigas. Tenían prisa para llegar á Port-Clarence.

La *Belle-Roulotte* se puso en marcha el 21 de Agosto, al amanecer, y, á partir de este punto, abandonó definitivamente la orilla derecha del gran río.

En efecto; el Youkon se dirigía entonces hacia el Sudoeste, para ir á arrojar en el golfo de Norton.

De continuar siguiendo su curso, hu-

bieran alargado infructuosamente su camino, puesto que su embocadura se abre por debajo del estrecho de Behring. De allí hubieran tenido que volver á subir hasta Port Clarence, costeano un litoral cortado por pequeños golfos, bahías y ensenadas, en el que Gladiador y Vermout se habrían fatigado inútilmente.

El frío se dejaba ya sentir vivamente. Si los rayos del sol, muy oblicuos, daban aún alguna luz, procuraban también poco calor. Espesas nubes, formando una masa gris, amenazaban resolverse en nieve. La caza menuda era muy escasa, y los pájaros emigrantes empezaban á huir hacia el Sur, en busca de más dulces inviadas.

Hasta aquel día, cosa de que se felicitaban altamente, M. Cascabel y su familia no habían sufrido gran cosa por las fatigas del viaje. Era preciso que estuviesen dotados de una salud de hierro, lo que era debido evidentemente á su vida errante, á su costumbre de recorrer todos los climas, á la solidez de constitución que dan los ejercicios corporales. Era, pues, de esperar que todos llegasen sanos y salvos á Port-Clarence.

Así sucedió, en efecto, el día 5 de Septiembre, después de quinientas leguas recorridas desde Sitka, y cerca de mil ciento desde Sacramento, ó sean mil seiscientas leguas andadas en siete meses, á través del Oeste de América.

VI

PORT-CLARENCE

Port-Clarence es el puerto más avanzado hacia el Noroeste que la América septentrional posee en el estrecho de Behring.

Situado al Sur del cabo del Príncipe de Gales, se encuentra en la parte del litoral donde se dibuja la nariz de la cara cuyo perfil está representado por la costa alaskiana.

Este puerto presenta un excelente surgidero, que es muy apreciado por los navegantes, y más particularmente por los balleneros, cuyos buques van á buscar fortuna en los mares árticos.

La *Belle-Roulotte* había venido á acampar cerca de la orilla interior del puerto,

Junto á la embocadura de un pequeño río, en el cantil de altas rocas, coronadas por un macizo de raquíuticos abedules.

Allí debía hacerse la mayor parada de todo el viaje. Allí se prolongaría el reposo de la compañía; reposo forzado, impuesto por el estado del Estrecho, cuya superficie no estaba aún solidificada en aquella época del año.

No hay que decir que el carruaje no hubiera podido franquearle á bordo de aquellas embarcaciones que hacen el servicio de Port-Clarence, las cuales no son más que canoas de pesca de muy débil tonelaje. Era, pues, preciso atenerse al proyecto de ganar la costa asiática cuando el mar estuviera cambiado en un inmenso *ice field* (1).

Aquella larga parada no era de sentir en el momento de emprender la segunda parte del viaje, en la que comenzarían verdaderamente las dificultades físicas, la lucha contra el frío, contra las tempestades de nieve, por lo menos hasta tanto que la *Belle-Roulotte* no hubiese alcanzado los territorios menos fríos de la Siberia meridional.

Hasta entonces, habría algunas semanas, tal vez algunos meses, muy rudos que pasar, y no podían menos de felicitarse de tener el tiempo suficiente para completar sus preparativos, en vista de un viaje tan penoso como el que iban á emprender.

En efecto; si bien habían podido comprar ciertos objetos á los indios del fuerte Noulato, faltaban todavía otros que monsieur Cascabel pensaba adquirir, bien de los negociantes, ó bien de los indígenas de Port-Clarence.

De aquí que todo el personal acogiese con gran satisfacción la frase sacramental de «¡alto y descanso!»

Y esta voz de mando, acogida siempre favorablemente durante las marchas ó maniobras militares, fué inmediatamente seguida de esta otra, pronunciada en alta voz por el joven Sandre:

—¡Rompan filas!

¡Y calcúlese si se romperían con gusto!

Como puede imaginarse, la llegada de la *Belle-Roulotte* á Port-Clarence no debía pasar inadvertida. Jamás semejante máquina ambulante se había aventurado tan

(1) Campo de hielo.

lejos, puesto que había llegado á los confines mismos de la América septentrional.

Por primera vez se presentaban saltimbanquis franceses á las sorprendidas miradas de los indígenas.

Había entonces en Port-Clarence, además de la población habitual de esquimales y de negociantes, cierto número de funcionarios rusos. Eran éstos los que, después de la anexión de Alaska á los Estados Unidos, habían recibido orden de repasar el Estrecho para dirigirse, bien á la península de los Tchouktchis, en la costa asiática, ó á Petropavlosk, la capital del Kamschatka.

Estos agentes se unieron á toda la población para hacer una buena acogida á la familia Cascabel; y hay que confesar que la recepción de los esquimales fué particularmente muy cordial.

Eran aquellos los mismos esquimales que doce años después debía encontrar el célebre navegante Nordenskiöld, al emprender la audaz campaña en la que debía descubrir el paso del Nordeste. En esta época, algunos de aquellos indígenas iban armados de revólvers y fusiles de tiro rápido, primeros dones de la civilización americana.

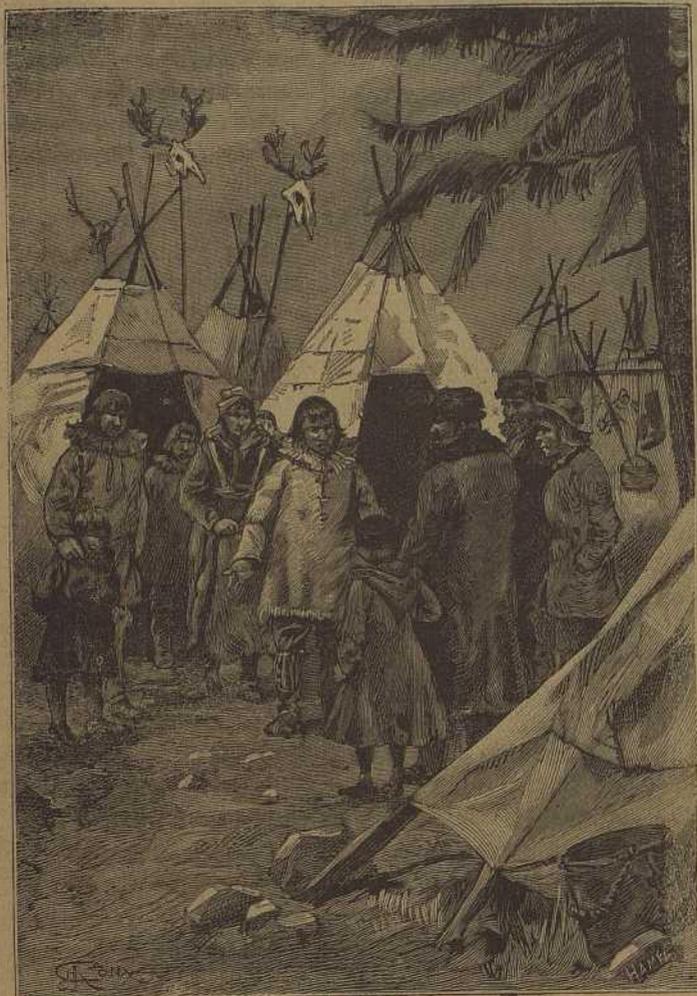
Como la estación de verano apenas había terminado, los indígenas de Port-Clarence aún no hacían uso de sus habitaciones de invierno. Estaban establecidos en pequeñas tiendas, elegantemente construidas, formadas por espesas telas de algodón de vivos colores, y consolidadas por cuerdas fabricadas con hierbas. En el interior se encontraban numerosos utensilios hechos con la corteza de las nueces de coco.

Cuando Clou de Girofle vió por primera vez estos utensilios, no pudo menos de exclamar:

—¡Calla! ¡Los cocos crecen en los bosques de los esquimales!...

—A menos... le respondió M. Serge, que estas nueces hayan sido transportadas de las islas del Pacífico por los balleneros que vienen de arribada á Port-Clarence.

Y M. Serge tenía razón. Las relaciones entre los americanos y los indígenas eran ya muy frecuentes en aquella época; se operaba entre ellos una fusión que tendía á mejorar el desarrollo de la raza esquimal. Respecto á esto, hay que observar,



Los esquimales los acogieron con suma cordialidad.

según veremos más tarde, que no existe ninguna conformidad de [tipo ni de costumbres entre los esquimales de origen americano y los indígenas de la Siberia asiática.

Las tribus alaskianas no comprenden ni aun el idioma que se habla al Oeste del estrecho de Behring; pero estando mezclado con muchas palabras inglesas y rusas, era bastante fácil poder conversar con ellos.

La familia Cascabel quiso, desde los primeros días de su instalación, ponerse en relaciones con los indígenas diseminados en los alrededores de Port Clarence; y como fué hospitalariamente acogida en las tiendas de aquellas honradas gentes, no vaciló en abrirles las puertas de la

Belle-Roulotte, cosa de la que nadie tuvo que arrepentirse. Estos esquimales son, además, mucho más civilizados de lo que se cree generalmente. Se les representa como especie de focas parlantes, anfibios de rostro humano, á juzgar por los vestidos que tienen la costumbre de llevar, sobre todo durante la estación de invierno; pero no hay nada de eso, y en Port-Clarence los representantes de la raza esquimal, ni son repugnantes á la vista, ni desagradables en su trato. Algunos de ellos llevan su respeto á la moda hasta vestirse casi á la europea. La mayor parte obedecen á cierta coquetería, que admite el traje de piel de reno ó de foca, el *pask* de piel de marmota, el tatuaje de la cara, es decir, algunas ligeras huellas de dibu-

jos aplicados sobre la parte inferior del rostro. Los hombres tienen la barba corta y rala; en las extremidades de los labios, tres agujeros, abiertos con arte, les permiten suspender ligeros anillos de hueso esculpido, y el cartilago de la nariz recibe también algunos ornamentos de este género. En suma, los esquimales que vinieron á presentar sus respetos á la familia Cascabel, no tenían aspecto desagradable; el aspecto que, en general, presentan los samoyedos ú otros indígenas del litoral asiático.

Las jóvenes llevaban en sus orejas sartas de perlas, en sus brazos brazaletes de hierro ó de cobre, trabajados con suma delicadeza.

Eran gentes honradas, llenas de buena fe en las transacciones, aunque discutiendo y regateando con exceso; pero reprochar este defecto á los naturales de las regiones árticas, sería mostrarse demasiado severo.

Reina entre ellos la más perfecta igualdad. No tienen ni aún jefes de clan. Su religión es el paganismo. Adoran, en cuanto á divinidades, maderos con figuras esculpidas y pintadas de rojo, que representan diversas clases de pájaros cuyas alas se despliegan en forma de abanico. Tienen costumbres puras, muy desarrollado el sentimiento de la familia, el respeto á los padres y á las madres, el amor á los hijos, la veneración á los muertos, cuyos cuerpos, expuestos al aire libre, están vestidos con sus trajes de fiesta, teniendo junto á sí sus armas y su *cayak*.

Los Cascabeles se divertían mucho en los paseos cotidianos que daban por las inmediaciones de Port Clarence. Iban también á menudo á visitar una antigua fábrica de aceite, de fundación americana, que funcionaba todavía en aquella época.

El país no estaba desprovisto de árboles, ni el suelo de vegetación; aspecto muy diferente del que presenta la península de los Tchoukchis, al otro lado del Estrecho. Consiste esto en que á lo largo de la costa del Nuevo Continente sube una corriente cálida, procedente de los abrasadores parajes del Pacífico, mientras que á lo largo del litoral siberiano baja una corriente fría, que viene de los mares boreales.

M. Cascabel no tenía intención de dar algunas representaciones á los indígenas de Port-Clarence. Desconfiaba, y con razón. ¡Júzguese si hubiese encontrado acróbatas, *jongleurs*, clowns tan notables como entre los indios del fuerte de Youkon!

Valía más no arriesgarse á comprometer por segunda vez la reputación de la familia.

Entretanto los días transcurrían, y en realidad en número mayor del necesario para el reposo de la compañía, pues con sólo una semana de alto en Port-Clarence todos hubieran estado en disposición de afrontar las fatigas de un viaje por territorio siberiano.

Pero el Estrecho no permitía aún el paso á la *Belle-Roulotte*. A fines de Septiembre, y bajo aquella latitud, si bien la temperatura media marcaba bajo cero del centígrado, el brazo de mar que separa Asia de América, no estaba aún congelado. Pasaban, si, numerosos témpanos formados al largo en los límites del estrecho de Behring, y que subían hacia el Norte, barloando la costa alaskiana bajo la acción de la corriente venida del Pacífico; pero era preciso aguardar á que aquellos témpanos se solidificasen y después se aglomerasen hasta el punto de ofrecer un inmenso campo de hielo inmóvil y *carretero* entre los dos Continentes.

Era indudable que sobre aquella capa helada, lo bastante resistente para que pudiese pasar por ella un tren de artillería, la *Belle-Roulotte* y su personal no corrían el menor riesgo. Además, sólo se trataba de un trayecto de unas veinte leguas en la parte más angosta del Estrecho, comprendida entre el Cabo del Príncipe de Gales, algo más arriba de Port-Clarence y el puertecillo de Numana, situado en la costa de Siberia.

—¡Diantre! dijo un día M. Cascabel. Es lástima que los americanos no hayan construido un puente.

—¡Un puente de veinte leguas! exclamó Sandre.

—¿Y por qué no? observó Juan. Podría apoyarse en el centro del Estrecho, sobre el islote Diomedes.

—Imposible no sería, respondió M. Serge, y debe creerse que algún día se hará, como todo lo que puede hacer la inteligencia del hombre.

—¿Acaso no se trata de construirle sobre el Paso de Calais? dijo Juan.

—Tienes razón, amigo mío, respondió M. Serge; pero hay que convenir en que el puente sobre el estrecho de Behring sería menos útil que el de Calais á Douvres. ¡Con seguridad que no cubriría gastos!

—Si era poco útil para los viajeros en general, añadió Cornelia, lo sería mucho para nosotros.

—¡Ya lo creo! replicó M. Cascabel. Pero durante las dos terceras partes del año existe nuestro puente, un puente de hielo tan sólido y resistente como cualquiera otro de piedra, madera ó hierro. La señora Naturaleza le construye todos los años, y no exige el pago de peaje.

M. Cascabel tenía razón en tomar las cosas por su lado bueno. ¿Para qué un puente que costaría millones, cuando bastaba esperar el momento favorable para que el paso quedase asegurado, tanto á los peatones como á los carruajes? Esto no debía tardar en suceder: sólo se necesitaba un poco de paciencia.

Hacia el 7 de Octubre quedó definitivamente establecido el período de internada en aquella alta latitud.

Nevaba con frecuencia. Toda huella de vegetación había desaparecido. Los escasos árboles del litoral, despojados de sus últimas hojas, estaban cargados de escarcha. Ya no se veía ninguna de aquellas raquíticas plantas de las comarcas boreales, cuyas especies son tan parecidas á las de la Escandinavia, ni ninguna de aquellas linearias que componen en gran parte el herbario de la flora ártica.

Sin embargo, si los témpanos derivaban siempre á través del Estrecho (tan rápida es la corriente), iban aumentando en anchura y espesor.

Del mismo modo que basta un gran fuego para operar la soldadura de los metales, bastaría aquí un gran frío para soldar los pedazos del campo de hielo. Esto podía esperarse de un día para otro. Pero si bien la familia Cascabel deseaba con ansia que el Estrecho fuera practicable y la permitiese abandonar á Port-Clarence lo antes posible; si para ella debía ser una inmensa alegría el pisar por fin los territorios del Antiguo Continente, esta alegría no estaba exenta de amargura. Lle-

garia la hora de la separación; abandonarían Alaska, pero M. Serge se quedaría en aquel país, pues no era cosa de que se adelantase más hacia el Oeste. Y después del invierno, volvería á emprender sus excursiones á través de aquella parte de América cuya exploración quería terminar, visitando los territorios situados al Norte del Youkon y al otro lado de las montañas.

Separación cruel para el uno como para los otros, porque todos estaban ligados, no solamente por la simpatía, sino también por una estrecha amistad.

El más entristecido, como puede fácilmente adivinarse, era Juan.

¿Podía olvidar que M. Serge se llevaría consigo á Kayette? ¿No exigía el interés de la joven india que su porvenir se encomendase á los cuidados de su nuevo padre?

¿A quién podía ser confiada mejor que á M. Serge? Había hecho de ella su hija adoptiva; la conduciría á Europa, la instruiría y la aseguraría una posición, que no podría nunca alcanzar al lado de unos pobres saltimbanquis.

Ante tales ventajas, ¿era posible la vacilación? No, seguramente, y Juan era el primero en reconocerlo.

Y, sin embargo, experimentaba inmenso pesar, que se manifestaba por su creciente tristeza.

¡Cómo hubiera podido tener la fuerza necesaria para dominarle!

Separarse de Kayette; no volverla á ver cuando estuviera tan lejos de él, material y moralmente; cuando hubiese ocupado el lugar que la correspondía en la propia familia de M. Serge; perder la dulce costumbre que ambos tenían de hablar, de trabajar juntos, de estar siempre el uno al lado del otro, era cosa que le desesperaba.

Juan amaba á Kayette: la amaba con un verdadero amor, que se revelaba en sus cuidados, en su asiduidad, en su emoción cuando la hablaba. Tal vez este amor era compartido por la joven. ¡Y habría que romper todo esto por medio de una separación que amenazaba ser eterna!

Por otra parte, si Juan era muy desgraciado, su padre, su madre, su hermano y su hermana, profundamente encariñados con Kayette, no podían acostumbrarse á la idea de separarse de ella, como tampoco

de M. Serge. Hubieran dado «cualquier cosa», como decía M. Cascabel, porque M. Serge consintiera en acompañarlos hasta el término de su viaje. Eso significaría pasar á su lado algunos meses más, y luego... luego ya verían.

Ya hemos dicho que los habitantes de Port-Clarence habían tomado gran afecto á esta familia. Veían, no sin cierta aprensión, acercarse el momento en que se aventurase á través de las estepas, expuestos á verdaderos peligros.

Pero si se interesaban por aquellos franceses venidos de tan lejos, y que iban también tan lejos, algunos de los rusos recientemente llegados al Estrecho observaban el personal de la compañía, y más particularmente á M. Serge, con un interés muy diferente.

No se habrá olvidado que se encontraba entonces en Port-Clarence cierto número de funcionarios á quienes la anexión de Alaska obligaba á volver á los territorios siberianos.

Entre estos agentes había dos que estaban encargados de una vigilancia especial sobre los territorios americanos sometidos á la administración moscovita.

Sobre todo debían vigilar y espiar los refugiados políticos á quienes daba asilo la Nueva Bretaña, y que pudieran intentar franquear la frontera alaskiana.

Ahora bien: aquel ruso, convertido en compañero y huésped de una familia de saltimbanquis; aquel M. Serge que se detenía precisamente en los límites del imperio del Zar, les había parecido un poco sospechoso, por lo cual le vigilaban con la necesaria prudencia, para no dejar entrever nada.

M. Serge no se figuraba ser el objeto de cierta clase de sospechas, y no se preocupaba más que de la próxima separación.

¿Luchaba con la idea de volver á emprender su excursión á través del Oeste de América, ó pensaba en renunciar á ella para seguir á sus nuevos amigos hasta Europa?

Difícil hubiera sido decirlo. Sin embargo, M. Cascabel, viéndole tan preocupado, resolvió provocar una explicación sobre este motivo.

Una noche, el 11 de Octubre, después de cenar, M. Cascabel, dirigiéndose á

M. Serge, le dijo como si se tratase de una novedad:

—A propósito, M. Serge: ¿sabéis que dentro de poco vamos á partir para vuestro país?

—Sin duda, amigos míos... Es cosa convenida.

—Sí... vamos á Rusia; y precisamente pasaremos por Perm, en donde vive vuestro padre, si no estoy equivocado.

—En efecto: ¡y no creáis que os veo partir sin pesar ni sin envidia!

—M. Serge, dijo Cornelia. ¿Pensáis permanecer mucho tiempo en América?

—¿Mucho tiempo?... ¡Quién sabe!

—Y cuando volváis á Europa, ¿qué camino tomaréis?

—El camino del Far-West. Mi exploración me conducirá naturalmente hacia Nueva York, y allí me embarcaré con Kayette...

—¡Con Kayette! murmuró Juan, mirando á la joven, que bajaba la cabeza.

Hubo algunos instantes de silencio.

Después, M. Cascabel añadió con voz vacilante:

—Vamos, M. Serge, voy á permitirme haceros una proposición... ¡Oh! Bien sé que será muy penoso atravesar esa endiablada Siberia...; pero con valor y buena voluntad...

—Amigo mío, respondió M. Serge; creed que no me espantan los peligros ni las fatigas, y de buena gana las compartiría con vosotros si...

—¿Por qué no concluir juntos el viaje? preguntó Cornelia.

—¡Sería tan divertido! añadió Sandre.

—¡Y os daría tantos besos si dijeseis que sí!... exclamó Napoleona.

Juan y Kayette no habían pronunciado una palabra, y sus corazones latían violentamente.

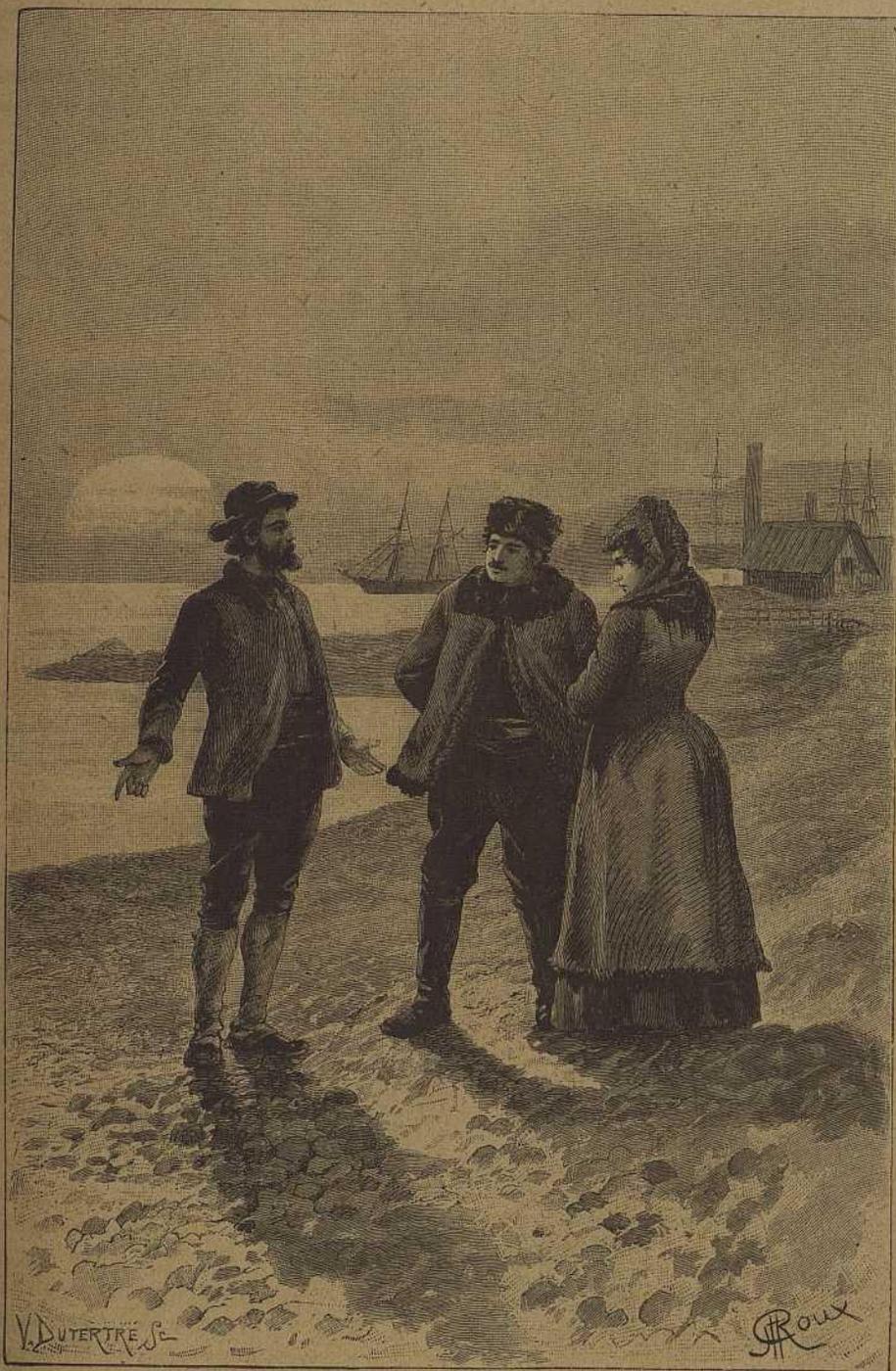
—Mi querido Cascabel, dijo entonces M. Serge, después de haber reflexionado unos instantes: desearía tener una conversación con vuestra esposa y con vos.

—A vuestra disposición... y en seguida.

—No, mañana, respondió M. Serge.

Después de esto, cada cual se retiró á su departamento, muy inquieto.

¿Qué motivo impulsaría á M. Serge á solicitar aquella entrevista? ¿Se decidiría á cambiar sus proyectos, ó quería únicamente poner á la familia en disposición de



-SOY UN PROSCRITO POLÍTICO, DIJO M. SERGE.

llevar á cabo su viaje en mejores condiciones, haciéndola aceptar algún dinero?

De todos modos, ni Juan ni Kayette pudieron dormir aquella noche.

En la mañana siguiente tuvo lugar la entrevista.

M. Serge había rogado á los esposos Casabel que le siguieran á alguna distancia del campamento, no por desconfianza de sus hijos, sino por temor de que pudieran escucharle algunos indígenas ú otra clase de gente. Sin duda lo que tenia que decir era importante, y convenia se guardase sobre ello el mayor secreto.

Los tres subieron por la ligera cuesta de la orilla, dirigiéndose hacia la fábrica de aceite, y M. Serge comenzó á hablar de esta manera:

—Amigos míos, escuchadme y reflexionad bien antes de responder á la proposición que voy á haceros. No dudo de vuestro buen corazón, y ya me tenéis probado hasta dónde puede llegar vuestra abnegación. Pero antes de tomar el último partido es preciso que sepáis quién soy...

—¿Quién sois?... Un hombre honrado, ¡pardiez! exclamó M. Casabel.

—Sea... Un hombre honrado, respondió M. Serge; pero un hombre honrado que no quiere, con su presencia, aumentar los peligros de vuestro viaje por Siberia.

—¡Vuestra presencia un peligro... señor Serge! exclamó Cornelia.

—Sí, porque me llamo el conde Sergio Narkine... ¡Soy un proscrito político!

Y M. Serge contó sucintamente su historia.

El conde Sergio Narkine pertenecía á una rica familia del gobierno de Perm. Apasionado por las ciencias, los descubrimientos geográficos, empleó los años de su juventud en continuos viajes á todas las partes del mundo.

Desgraciadamente no se dedicó sólo á sus atrevidas campañas, que hubieran podido darle una verdadera celebridad. La política se mezcló á su vida, y en 1857 se comprometió, ingresando en una Sociedad secreta, donde sus relaciones le hicieron entrar. En resumen: los miembros de aquella Sociedad fueron arrestados, perseguidos con toda la energía natural á la administración moscovita, y la mayor parte condenados á perpetua deportación en Siberia.

Entre ellos se encontraba el conde Sergio Narkine.

Tuvo que partir para Yakoustk, lugar que le habia sido designado para cumplir su condena, abandonando al único pariente que le quedaba de toda su familia, su padre el príncipe Wassili Narkine, á la fecha octogenario, que habitaba su dominio de Waska, cerca de Perm.

Después de cinco años pasados en Yakoustk, el prisionero logró escaparse, llegando hasta Okhotsk, que habitaba su dominio de Waska, cerca de Perm.

Allí pudo encontrar pasaje á bordo de un buque en franquía y arribar á uno de los puertos de California.

De esta manera el conde Sergio Narkine había vivido durante siete años, ya en los Estados Unidos, ya en Nueva Inglaterra, procurando siempre acercarse á Alaska, donde contaba entrar en el momento en que se hiciese americana.

¡Sí! Su secreta esperanza era volver á Europa por Siberia.

Precisamente su proyecto era el que estaba ejecutando M. Casabel. ¡Júzguese de lo que experimentó cuando supo que aquella familia, á la que debía su salvación, se disponía á ganar el estrecho de Behring para pasar al Asia!

Su más vivo deseo hubiera sido acompañarla. Pero ¿podía él exponerla á las represalias del Gobierno ruso? Si se descubría que habia favorecido la entrada de un condenado político en el imperio moscovita, ¿qué sucedería? Y, sin embargo, ¡su padre era tan anciano! ¡Tenia tantas ganas de volver á verle!

—¡Venid, pues, M. Serge, venid con nosotros! exclamó Cornelia.

—Va en ello vuestra libertad, amigos míos; vuestra vida tal vez, si llegara á saberse...

—¡Y qué importa! dijo M. Casabel. Cada cual tiene allá arriba abierta su cuenta, ¿no es así?... Pues bien, procuremos aportar el mayor número posible de buenas acciones... Estas servirán de contrapeso á las malas.

—Pues bien, mi querido Casabel...

—Además, que no os reconozcan; ya veremos lo que se ha de hacer para conseguir nuestro objeto: ¡y que me trague un lobo si no se la pegamos á todos los agentes de la policía rusa!

—Sin embargo, dijo M. Serge.

—Y hasta, si es preciso, os vestiremos de saltimbanqui... á menos que no os avergoncéis...

—¡Oh, amigo mío!

—¡Y quién habrá de sospechar que el conde Narkine figura en el personal de la familia Cascabel!

—Sea; ¡acepto, amigos míos!... ¡sí!... acepto, y os doy las gracias...

—¡Bueno!... ¡bueno! ¡gracias!... ¡Creéis que las necesitamos!... Conque, señor conde de Narkine...

—¡No me déis ese nombre!... Para todo el mundo, hasta para vuestros hijos, no debo ser más que M. Serge.

—Tenéis razón: es inútil que lo sepan... Es cosa convenida; os llevamos con nosotros, M. Serge, y yo, César Cascabel, me comprometo á conducirlos á Perm, ó pierdo el nombre que tengo; lo que sería—y creo opinaréis como yo—una pérdida irremparable para las artes.

En cuanto á la acogida que recibió monsieur Serge á su vuelta á la *Belle-Roulotte* cuando Juan, Kayette, Sandre, Napoleona y Clou supieron que les acompañaría hasta Europa, se adivina sin necesidad de expresarla.

VII

DESPEDIDA AL NUEVO CONTINENTE

Sólo restaba poner en ejecución el plan convenido para dirigirse á Europa.

Bien considerado, este plan ofrecía probabilidades de éxito. Puesto que los azares de su vida errante conducían á la familia Cascabel á atravesar la Rusia, pasando precisamente por el gobierno de Perm, el conde Sergio Narkine no podía hacer nada mejor que unirse á ella para el resto del viaje.

¿Cómo suponer que el condenado político, el evadido de Yakoustk, se encontraba entre los miembros de una compañía de saltimbanquis?

Si no se cometía ninguna indiscreción, el éxito estaba asegurado, y, llegado á Perm, después de haber visto al príncipe Wassili Narkine, M. Serge obraría como mejor conviniese á sus intereses. Puesto que había franqueado el Asia sin

dejar tras él ninguna huella á que la policía pudiera agarrarse, decidiría según las circunstancias.

Verdad es que si, contra toda posibilidad, era reconocido á su paso por Siberia, esto podía tener terribles consecuencias para él, y también para la familia; pero ni M. Cascabel ni su esposa querían tener en cuenta este peligro, y si hubieran consultado á sus hijos sobre este asunto, éstos habrían aprobado su conducta.

Pero el secreto del conde Narkine debía ser guardado con severidad, y únicamente M. Serge continuaría siendo su compañero de viaje.

Más tarde, el conde Narkine sabría reconocer la abnegación de aquellos honrados franceses, por más que M. Cascabel no ambicionase otra recompensa que el placer de haberle obligado á irse con ellos, burlando al propio tiempo á la policía moscovita.

Por desgracia, lo que ni el uno ni el otro podían imaginarse, era que su plan iba á verse gravemente comprometido desde el principio.

Al desembarcar en la otra orilla del Estrecho iban á verse expuestos á los mayores peligros, y detenidos, sin duda, por los agentes de Siberia.

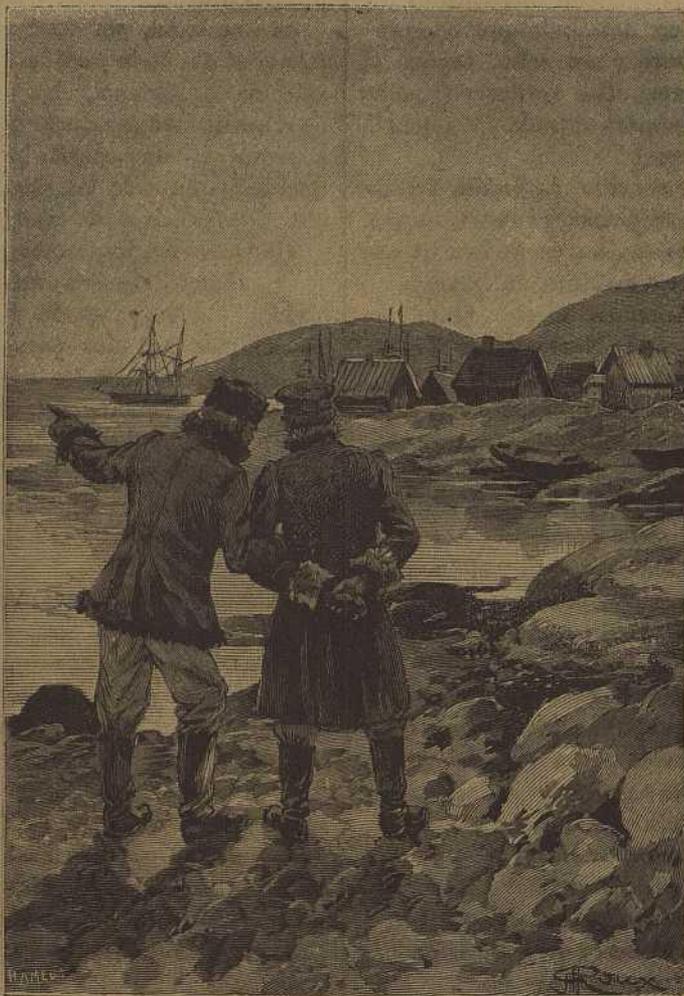
En efecto; la mañana misma del día en que habían formado este proyecto, dos hombres hablaban, paseándose por la extremidad del puerto, en un sitio en que nadie podía escuchar su conversación.

Estos eran los dos agentes de que ya hemos hablado, y á quienes la presencia de M. Serge entre los huéspedes de la *Belle-Roulotte* había sorprendido y llamado la atención.

Establecidos en Sitka desde hacía muchos años, y encargados de la vigilancia de la provincia desde el punto de vista político, su deber, según sabemos, consistía en observar los movimientos de los refugiados en los alrededores de la frontera colombiana, en señalarlos al gobernador de Alaska y arrestar á los que intentarían franquearla.

Lo grave era que si bien no conocían personalmente al conde Narkine, poseían su filiación, que les había sido dada en la época en que el prisionero se fugó de la ciudadela de Yakoustk.

Desde la llegada de M. Cascabel á Port-



Dos hombres hablaban en la extremidad del puerto.

Clarence quedaron sorprendidos viendo aquel ruso que no tenía ni la facha ni las maneras de un artista ambulante.

¿Por qué se encontraba entre aquella compañía de saltimbanquis que, después de salir de Sacramento, seguía un itinerario tan extraño para volver á Europa?

Una vez despertadas sus sospechas, se informaron, observaron diestramente para no llamar la atención, y aplicando á monsieur Serge la filiación que correspondía al conde Narkine, sus dudas se cambiaron en certidumbre.

—¡Sí, es el conde Narkine! decía uno de los agentes. Sin duda rondaba por la frontera de Alaska aguardando á que se hiciese la anexión, cuando se ha encontrado con esa familia de titiriteros que le

ha socorrido, y ahora se dispone á pasar á Siberia con ella.

Nada más exacto; y si M. Serge no había tenido desde luego el proyecto de aventurarse más allá de Port-Clarence, los dos agentes no experimentaron ninguna sorpresa cuando supieron que se había decidido á seguir á la *Belle-Roulotte* al otro lado del Estrecho.

—Es una suerte para nosotros el que se haya decidido, respondió el segundo agente. Si el conde se hubiese quedado aquí, es decir, en territorio americano, no hubiéramos tenido el derecho de detenerle...

—Mientras que en el momento en que ponga el pie en la otra orilla del Estrecho, se encontrará en territorio ruso, y no po-

drá escaparse si nos encontramos allí para recibirle.

—He aquí una detención que nos proporcionará honra y provecho, replicó el segundo agente. Un verdadero golpe maestro para nuestra entrada. Pero ¿cómo nos arreglaremos?

—Nada más sencillo. La familia Cascabel no tardará en partir; y como tomará el camino más corto, no es dudoso que se dirigirá al puerto de Numana. Pues bien: si nosotros llegamos antes ó al mismo tiempo que el conde Narkine, no tendremos más que echarle mano.

—Sea; pero preferiría adelantarle á fin de prevenir á la policía del litoral para que nos ayude en caso necesario.

—Lo haremos, si es posible. Estos saltimbanquis se verán precisados á esperar que el hielo sea bastante sólido para aguantar su carruaje, mientras que á nosotros nos será fácil tomar la delantera. Quedémonos en Port-Clarence y continuemos observando al conde Narkine sin que pueda sospecharlo. Si debe desconfiar de los funcionarios rusos que abandonan Alaska para volver á Europa, no puede figurarse que le hemós reconocido. Partirá, le arrestaremos en Numana, y no tendremos más que conducirlo con nueva escolta, á Petropavlosk ó á Yakoustk...

—¿Y si los titiriteros quieren defenderle?.. observó el segundo agente.

—Les costará caro, por haber favorecido la entrada en Rusia de un evadido político.

Este plan, tan sencillamente concebido, debía dar su resultado, puesto que el conde Narkine ignoraba que había sido reconocido, y la familia Cascabel no podía figurarse que fuese objeto de una vigilancia especial.

De manera que aquel viaje tan felizmente comenzado, amenazaba concluir mal para M. Serge y sus compañeros, que, mientras se tramaba aquella maquinación, no tenían otro pensamiento que dirigirse juntos hacia Rusia.

¡Qué alegría experimentaban todos, y particularmente Juan y Kayette!

Inútil es decir que los dos agentes habían guardado para sí el secreto que iban á explotar. Nadie en Port-Clarence hubiera podido imaginarse que entre los huéspedes de la *Belle-Roulotte* hubiese un

personaje de la importancia del conde Sergio Narkine.

Aún no había podido fijarse definitivamente el día de la partida. Seguíanse con extrema impaciencia las modificaciones de aquella temperatura verdaderamente anormal, y, como decía M. Cascabel, jamás había deseado tan vivamente que hiciese un frío capaz de rajar las peñas.

Sin embargo, importaba mucho estar al otro lado del Estrecho antes de que el invierno hubiese tomado definitivamente posesión de aquellos parajes; y como no estaría en todo su rigor hasta las primeras semanas de Noviembre, la *Belle-Roulotte* tendría tiempo de llegar á los territorios meridionales de la Siberia. Allí, en cualquier aldea, se aguardaría la estación favorable para dirigirse á los montes Ourales.

En estas condiciones, Vermout y Gladiador podrían, sin gran fatiga, bastar para la travesía de las estepas. La familia Cascabel llegaría demasiado pronto para tomar parte en la feria de Perm, es decir, en Julio del año próximo.

¡Y siempre aquel desfile de témpanos que continuaban subiendo hacia el Norte, arrastrados por la corriente cálida del Pacífico! ¡Siempre una flotilla de *ice-bergs* que derivaban entre las orillas del Estrecho, en lugar de un inmóvil y sólido *ice-field*!

El 13 de Octubre se produjo cierta disminución en la deriva. Probablemente se había acumulado hacia el Norte una gran porción de témpanos que se oponían á su marcha. En efecto, en los últimos límites del horizonte aparecía una línea continua de vértices blancos que indicaba la congelación total del mar ártico. La pálida reverberación de la banca llenaba el espacio, y la solidificación completa no tardaría en efectuarse.

Entretanto M. Serge y Juan consultaban á los pescadores de Port-Clarence. Ya habían creído varias veces que podía intentarse el paso; pero los marinos, que «conocían bien su Estrecho,» habían aconsejado esperar.

—No os apresuréis, decían. ¡Dejad hacer al frío!... Aún no es bastante vivo para formar el *ice-field*... Y además, aunque el mar esté bien congelado en esta parte del Estrecho, nada prueba que lo

esté del otro lado, sobre todo en los sitios del islote de Diomedes.

El consejo era prudente.

—El invierno no es precoz este año, dijo un día M. Serge á un viejo pescador.

—Sí, se retarda, le respondió este hombre. Razón de más para no aventurarse antes de estar seguro de que es posible el paso. Y luego hay que contar con que vuestro carruaje es más pesado que un peatón, lo que exige mucha más solidez. Dejad que caiga una buena capa de nieve que nivele todos los témpanos, y entonces podréis marchar como sobre una carretera. Además, en poco tiempo ganaréis lo perdido sin exponerós á naufragar en el centro del Estrecho.

Había que rendirse á estas razones, que procedían de gentes sumamente prácticas. Por lo cual M. Serge procuraba calmar á M. Cascabel, que era el más impaciente de toda la compañía. Lo importante, sobre todo, era no comprometerse por cualquier imprudencia que hubiera dado al traste con el viaje y con los viajeros.

—Vamós, le decía: ¡un poco de calma! Vuestra *Belle-Roulotte* no es ningún barco, y si fuese sorprendida por una dislocación de los hielos, se iría irremisiblemente al fondo. La familia Cascabel no tiene necesidad de aumentar su celebridad yendo á zambullirse en las aguas del estrecho de Behring.

—¿Se aumentaría por eso? replicó sonriendo el glorioso Cascabel.

Cornelia intervino, diciendo que esperaba no se cometería ninguna imprudencia.

—¡Pero si la prisa que tenemos es por vos, M. Serge! exclamó Cascabel.

—Sea; pero yo no la tengo por vosotros, respondió el conde Narkine.

A pesar de la impaciencia general, Juan y Kayette no encontraban largos los días. Juan continuaba instruyendo á Kayette, que ya comprendía y hablaba con facilidad el francés. Entre ellos no existían dificultades para entenderse. Y luego ¡se encontraba Kayette tan feliz entre aquella familia! ¡Tan dichosa al lado de Juan, que la rodeaba de tantos cuidados!

Decididamente hubiera sido preciso que M. y Mad. Cascabel estuviesen ciegos para no reconocer qué sentimientos inspiraba la india á su hijo. Así es que comen-

zaron á inquietarse. Sabían quién era M. Serge y lo que Kayette sería algún día.

Ya no era lo pobre india que iba á mendigar á Sitka un miserable puesto de criada; era la hija adoptiva del conde Narkine, y Juan se preparaba grandes pesares para el porvenir.

—Después de todo, decía M. Cascabel, el conde tiene ojos para ver, y bien ve el viento que sopla. Y si nada dice, Cornelia, nosotros nada tenemos que decir.

Una noche Juan preguntó á la joven:

—¿Estás contenta con ir á Europa, Kayette?

—¿A Europa?... Sí, respondió; ¡pero lo estaría mucho más si fuese á Francia!

—Tienes razón. ¡Es un hermoso país el nuestro, y un buen país! Si llegará á ser el tuyo algún día, ¿estarías contenta?

—Lo estaría en cualquier parte donde estuviese tu familia, Juan, y mi mayor deseo sería el no separarme nunca de vosotros.

—¡Mi querida Kayette!

—¿Está muy lejos Francia?

—Todo está lejos, Kayette, cuando se tiene prisa por llegar. Pero, tarde ó temprano, llegaremos: ¡tal vez demasiado pronto!

—¿Por qué, Juan?

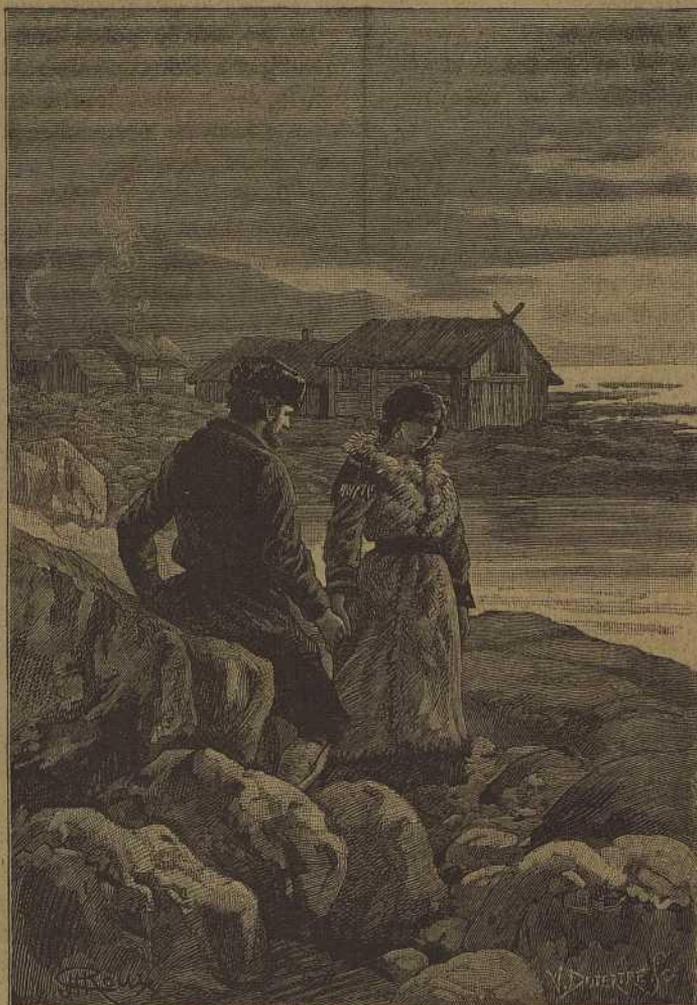
—¡Porque tú te quedarás en Rusia con M. Serge! Si aquí no nos separamos, tendremos que hacerlo más allá. M. Serge te guardará á su lado, hará de ti una hermosa joven... ¡y no volveremos á verte!

—¿Por qué dices eso, Juan? M. Serge es bueno, es agradecido... No soy yo quien le ha salvado; sois vosotros, si, vosotros. Si no hubieseis estado allí, ¿qué hubiera yo podido hacer por él? Si vive, á tu madre, á vosotros es á quien lo debe. ¿Piensas que M. Serge lo puede olvidar? ¿Por qué quieres, Juan, por qué quieres, si nos separamos, que seapara siempre?...

—¡Querida Kayette... yo no lo quiero! respondió Juan, que no podía contener su emoción. Pero ¡tengo miedo! ¡No volverte á ver, Kayette!... ¡Si tú supieras cuán desgraciado sería!... ¡Además, no es sólo verte lo que yo hubiera querido!... ¡Ah! ¿Por qué mi familia no habría de bastarte, puesto que no tienes padres? ¡Los míos te aman tanto! ..

—No más de lo que yo les amo, Juan.

—Y también mi hermano y mi herma-



Juan tomó la mano de Kayette, y la apretó entre las suyas.

na. ¡Yo esperaba que hubieran sido una hermana y un hermano para tí!

—Lo serán siempre... ¿Y tú, Juan?

—Yo... yo también... Kayette... Si, un hermano... pero más solícito... más amante...

Y Juan no fué más allá. Había cogido la mano de Kayette, y la apretaba entre las suyas... Luego huyó, no queriendo decir más. Kayette, conmovida, sentía latir su corazón apresuradamente, mientras que una lágrima se escapaba de sus ojos.

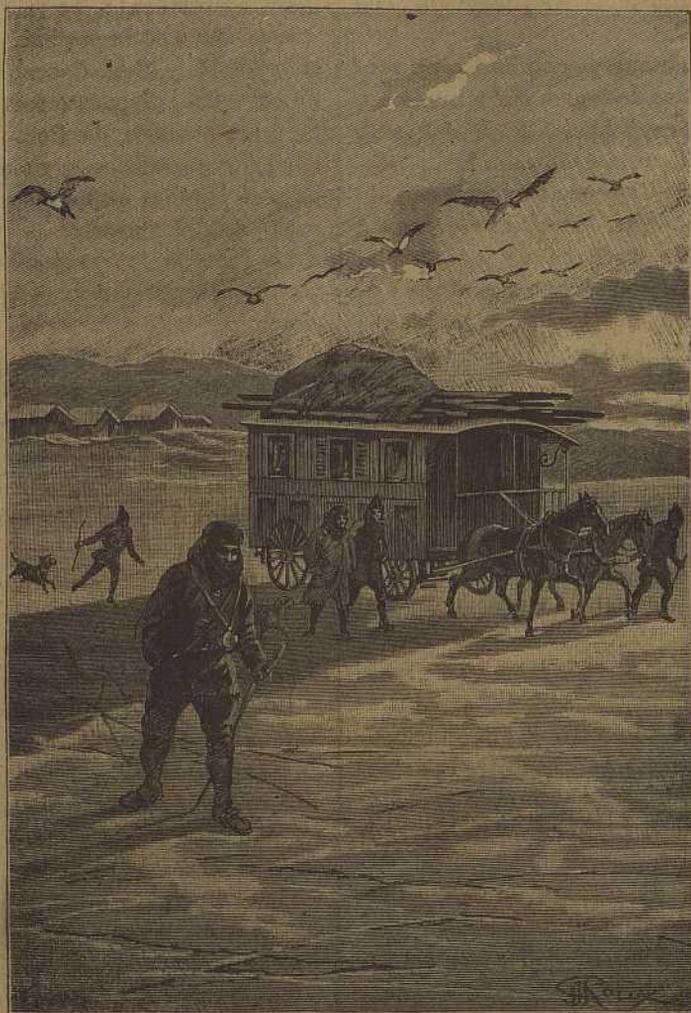
El 15 de Octubre los marinos de Port-Clarence advirtieron á M. Serge que podía prepararse para la partida. El frío había aumentado hacía algunos días; la temperatura media no se elevaba arriba de 10° centígrados bajo cero.

El *ice-field* parecía estar absolutamente inmóvil.

Ya no se oían aquellos significativos chasquidos que se producen cuando la cimentación no es completa.

Era probable que no tardaran en ver llegar algunos de aquellos indígenas asiáticos que atraviesan el Estrecho durante el invierno y hacen cierto comercio entre Numana y Port-Clarence. A veces aquél es un camino bastante frecuentado. No es raro que algunos trineos, tirados por renos ó por perros, vayan de un continente á otro, empleando dos ó tres días en recorrer las veinte leguas que separan ambas orillas entre los puntos más próximos del Estrecho.

Hay, pues, un paso natural que se abre



La familia Cascabel abandonó la tierra americana.

al principio y termina á la conclusión del invierno, es decir, practicable durante más de seis meses. Únicamente conviene no partir ni demasiado pronto ni demasiado tarde, á fin de evitar las espantosas catástrofes que resultarían de una dislocación del campo de hielo.

En previsión del viaje á través de los territorios siberianos hasta el día en que la *Belle-Roulotte* se detuviera para invernar, M. Serge había adquirido en Port-Clarence diversos objetos indispensables á una marcha durante los grandes fríos, entre otros, varios pares de raquetas que calzan los indigenas á guisa de patines, y que les permiten franquear rápidamente vastos espacios helados.

No hacía falta á los hijos de un saltim-

banqui un largo aprendizaje para servirse de ellos. En algunos días, Juan y Sandre habían llegado á ser hábiles patinadores, ejercitándose en los remansos solidificados á lo largo de la orilla.

M. Serge había completado también la colección de peleterías comprada en el fuerte Youkon. No se trataba únicamente de preservarse del frío vistiendo cálidas pieles; era preciso guarnecer interiormente los departamentos de la *Belle-Roulotte*, cubrir las camas, tapizar las paredes y el piso, á fin de mantener el calor desarrollado por la estufa de la cocina.

Además, una vez atravesado el Estrecho, M. Cascabel contaba con pasar los meses más rigurosos del invierno en una de esas aldeas que nunca faltan en los dis-

tritos del Sur de la Siberia meridional.

Por fin se fijó la partida para el día 21 de Octubre.

Durante cuarenta y ocho horas, no cesó de caer la nieve de aquel cielo brumoso. Una extensa capa blanca hacía del vasto *ice-field* una llanura uniforme. Los pescadores de Port-Clarence afirmaban que la solidificación debía extenderse de una á otra orilla. No tardaron en adquirir la prueba. Algunos traficantes acababan de llegar del puerto de Numana, y su travésia se había efectuado sin obstáculos ni peligros.

El 19, M. Serge supo que dos de los agentes rusos que se encontraban en Port-Clarence no habían querido aguardar más tiempo para ganar el litoral siberiano, y habían partido aquella misma mañana con intención de detenerse en el islote Diomedes, para terminar al día siguiente el paso del Estrecho.

Lo que hizo á M. Cascabel reflexionar lo siguiente:

—He aquí dos individuos que se conocen tienen más prisa que nosotros. Bien hubieran podido esperarse un poco ¡qué diablo! y habríamos hecho el viaje de conserva.

Después pensó que, sin duda, aquellos agentes habían temido retrasarse acompañando á la *Belle-Roulotte*, que no podría marchar rápidamente sobre aquella capa de nieve.

En efecto; por más que Vermout y Gladiador estuviesen bien adiestrados, el pesado vehículo emplearía varios días en llegar al litoral opuesto, teniendo en cuenta la parada que pensaban hacer sobre el islote Diomedes.

En realidad, si los dos agentes habían preferido adelantarse al conde Narkine, era con el objeto de tomar todas las medidas necesarias para su detención.

La hora de la partida había sido fijada para el amanecer. Era preciso aprovecharse de las pocas horas de día que el sol daba todavía. Dentro de seis semanas, al llegar el solsticio del 21 de Diciembre, una

noche perpetua envolvería aquellas comarcas atravesadas por el Círculo polar.

La vispera de la partida, un «thé» ofrecido por M. y Mad. Cascabel, reunió bajo un cobertizo, dispuesto para aquella fiesta, á los notables de Port-Clarence, funcionarios y pescadores, y también á varios jefes de familias esquimales que se interesaban por los viajeros.

La reunión fué muy alegre, y Clou de Girofle le entusiasmó con las truhanescas canciones de su repertorio. Cornelia había hecho un ponche caliente, en el cual, si había economizado el azúcar, no había escaseado el aguardiente. Aquella bebida fué tanto mejor aceptada, cuanto que los invitados, al volver á sus casas, iban á ser acometidos por un frío extremadamente vivo, uno de esos fríos que, durante ciertas noches de invierno, parecen caer de los últimos límites del espacio estrellado.

Los americanos bebieron por Francia; los franceses por América.

Luego se separaron después de fuertes apretones de manos, cambiados con la familia Cascabel.

A la mañana siguiente, á las ocho, se engancharon los caballos. El mono John-Bull había tomado sitio en la vaca, donde estaba sumergido hasta el hocico bajo las pieles, mientras que Wagram y Marengo trotaban alrededor de la *Belle-Roulotte*. En el interior, Cornelia, Napoleona y Kayette se habían encerrado herméticamente, para entregarse á sus ocupaciones habituales. M. Serge, Cascabel, Juan, Sandre y Clou, los unos á la cabeza del tiro, y los otros marchando como exploradores, debían velar por la seguridad del vehículo, evitando los pasos peligrosos.

Por fin se dió la señal de la partida, que fué saludada por los ¡hurras! de la población de Port-Clarence.

Un instante después, las ruedas de la *Belle-Roulotte* hacían rechinar la capa de nieve del *ice-field*.

M. Serge y la familia Cascabel habían abandonado definitivamente la tierra de América.

ÍNDICE DEL SEGUNDO CUADERNO

	Páginas.
I.—Kayette	5
II.—Sitka	15
III.—De Sitka al fuerte Youkon	23
IV.—Una idea de Cornelia Cascabel	30
V.—Del fuerte Youkon á Port Clarence	40
VI.—Port-Clarence	47
VII.—Despedida al Nuevo Continente	56

